



BRUMA NEGRA

LANBRO BELTZA

Plentzia Beltza

Calibre .38

# **X Concurso Internacional de Relato Bruma Negra**

**Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia**

**Organiza: Revista Calibre .38**

## X Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

El jurado del X Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Laura Balagué, Juan Mari Barasorda, Jokin Ibáñez, Noemí Pastor y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a Osvaldo Reyes por su relato “Persona non grata”, presentado con el seudónimo Alquimista. Los otros seis autores y relatos finalistas han sido:

“El acantilado”, de Ana María Abad García

“Constitución”, de Francisco Moreno Trinidad

“Entelequia”, de Yemila Saleh Fraile

“Cuatro de copas”, de Hernán Salvarezza

“En todo trabajo hay ganancia”, de Alberto de Frutos Dávalos

“Un juego que engancha”, de Eduardo Castillo Ventura

En Plentzia, Bizkaia, a 25 de junio de 2022

## Índice

<i>Persona non grata</i> , Osvaldo Reyes	4
<i>El acantilado</i> , Ana María Abad García	16
<i>Constitución</i> , Francisco Moreno Trinidad	28
<i>Entelequia</i> , Yemila Saleh Fraile	34
<i>Cuatro de copas</i> , Hernán Salvarezza	49
<i>En todo trabajo hay ganancia</i> , Alberto de Frutos Dávalos	65
<i>Un juego que engancha</i> , Eduardo Castillo Ventura	77

# Persona non grata

Oswaldo Reyes

—El trabajo es sencillo. No te preocupes.

El Cónsul asintió, como si no esperara menos, pero en su interior se encendieron todas las alarmas. Esas palabras en boca del Jefe eran como una maldición azteca. Todo lo que pudiera salir mal, saldría peor y después se complicaría. En su mente empezó a preparar un flujograma de trabajo, contemplando todos los escenarios posibles.

En teoría, no era un trabajo más difícil de lo habitual. Coordinar una reunión con Manuel “Alacrán” Contreras, enemigo jurado del Jefe, y pactar un precio por el retorno de ciertas fotos que no debían salir a la luz pública. Si aceptaba, asegurarse de que no existieran copias de las mismas y destruirlas apenas tuviera la oportunidad. Si se hacía de rogar, usar sus habilidades de negociación para hacerlo recapacitar. Si se rehusaba, tenía carta blanca para resolver el problema como mejor le pareciera, lo que

incluía recurrir a la violencia de ser necesario.

Prefería resolver los problemas hablando, actitud que le había ganado el apodo con el cual todos lo conocían. Tenía una reputación que mantener.

—No me preocupo, Jefe —dijo levantándose de la silla y apurando el último sorbo de ron que todavía quedaba en su vaso. El Jefe consideraba una afrenta dejar licor, una vez servido. Eran reglas no escritas, pero que conocía como la palma de su mano, fruto de observar el comportamiento de las personas en su entorno —. Llamaré al Mayordomo y concertaré una cita para mañana mismo de ser posible. Espero tener las fotos en mi poder antes del viernes.

—Bien, Cónsul. Bien —dijo bajando la mirada y regresando su atención a los documentos que tenía sobre la mesa, su actitud señalando que la reunión había llegado a su fin. Dejó el vaso sobre el portavasos de corcho que el Jefe colocó a su alcance y salió de la oficina sin despedirse. No era necesario. La orden se había expedido y lo que quedaba era cumplir.

La pregunta que seguía rondando en su cabeza era por qué el Alacrán no había publicado las fotos. Estaba seguro de que su único deseo era lastimar al Jefe y la ruta más directa y efectiva para conseguirlo era mostrarle al mundo como su hijo, su adoración y futuro heredero de todos sus negocios, tenía un novio.

Después de que recuperara las fotos, de seguro tendría que lidiar con ese problema, pero no por el momento.

Una cosa a la vez.

\*\*\*

—Es Raulito —dijo el Mayordomo, subiéndose al auto. Abrió su saco y sacó una pequeña botellita de un bolsillo interno. Le quitó la tapa, se tomó un sorbo y se lo pasó al Cónsul. En su visión periférica pudo ver que apenas eran las once de la mañana, razón más que suficiente para rechazar el ofrecimiento. Después recordó la revelación que le había hecho el Mayordomo y tomó la botella sin chistar.

Raulito. El hijo del Alacrán era el novio de Carlos, el hijo del Jefe. Era como ver una versión moderna de Romeo y Julieta, pero con mayor potencial de violencia, lo que era decir bastante.

—¿Hay alguna posibilidad que acepte la relación? —preguntó. Una regla del negocio era nunca asumir. Las calles estaban saturadas de sangre vertida en nombre de la ignorancia audaz. ¿Qué era lo peor que podía decirle?

El Mayordomo tomó la botella de vuelta, negando con la cabeza.

—¿Recuerdas a Tony? ¿Su sobrino? Bueno, resulta que él también tenía un noviecito. ¿Sabes lo que hizo Alacrán cuando se enteró? Mandó al Destornillador a la casa del amante. Tony todavía recibe pedazos frescos del tipo en cajas de regalo con

tarjetas de San Valentín. Lleva dos meses desaparecido y lo mantiene vivo solo para asegurarse que el mensaje cale. ¿Qué crees que le hará a Carlos si lo atrapa, siendo hijo del Jefe, para colmo de males?

—Tú preguntaste —se recriminó. Por lo menos el hecho aseguraba que no trataría de publicar las fotos. El Alacrán mantendría calladito el asunto, con tal de ocultar la diluida virilidad de su retoño, pero si atrapaba al que consideraba responsable, lo haría pagar con creces la humillación.

—¿Por qué no pudieron tocarles dos padres más modernos? —se quejó el Mayordomo—. Estamos en pleno siglo XXI. Si quieren estar juntos, que los dejen, digo yo. ¿No crees?

El Cónsul no respondió. Pensaba igual, aunque su opinión era irrelevante. Giró sobre su asiento y miró al Mayordomo directo a los ojos.

—Asumo que el Alacrán no conoce tu forma de ver el mundo —dijo en un susurro. La sugerencia tuvo el poder de borrarle todas las arrugas de la frente, su piel tornándose tan blanca como la camisa que portaba. Él nunca decía más de lo estrictamente necesario para conseguir resultados y, por encima de todo, jamás decía una sílaba que pudiera ser usada en su contra. El Mayordomo le caía bien, así que el comentario fue dirigido como un consejo. Esperaba que lo tomara como tal.

—¿Qué hacemos? —preguntó, en lugar de defenderse, lo que sugería que había aprendido la lección—. Ambos vieron las fotos, así que saben quién es quién. Estoy seguro que el Jefe no te dijo lo de Raulito, pero debe saber la verdad. Eso quiere decir que pretende guardar el secreto. Al final, alguien va a morir y quedaremos metidos en el medio.

El Cónsul se enderezó en el asiento y volvió a mirar por el vidrio a la calle. Cerró los ojos y aspiró con fuerza, ordenando sus ideas. El Mayordomo tenía la razón. A esos dos el machismo les impediría aceptar las inclinaciones sexuales de sus vástagos. Verían la culpa en el otro y darían la orden sin pensarlo dos veces.

—¿Y las fotos? —preguntó para hacer tiempo—. Dudo que quiera publicarlas ahora.

—Para nada. Ya las destruyó, así que el problema se resolvió solo. Sin embargo, no sabe si el Jefe tiene copias. Eso es lo que lo ha frenado de actuar. Mientras exista la posibilidad de que la verdad salga a la luz, esperará, pero no será por mucho tiempo. Tenemos que hacer algo y pronto.

Si las fotos no existían, había cumplido su trabajo, sin mover un solo dedo. Podía regresar con el Jefe, decirle que recuperó las fotos y que luego las destruyó, como él quería. El Jefe suspiraría aliviado, le pagaría y, acto seguido, le daría la orden de matar a Raulito. No le daría razones y él tendría que obedecer o



desaparecer. Matar no le era extraño, pero echarse a alguien solo porque estaba enamorado le parecía extremo y de muy mal gusto.

No, tendría que hacer otra cosa.

Abrió los ojos y miró por el espejo retrovisor al Mayordomo, que lo estudiaba expectante.

—¿Sabes lo que es una persona non grata?

\*\*\*

—Excelente trabajo, Cónsul —admitió el Jefe al enterarse del destino de las fotos—. Por algo eres el mejor.

Sacó su celular y presionó varias teclas. Al terminar, volvió a colocarlo sobre la mesa, al lado de una copa de vino tinto.

—Pago completado. Debes tener el dinero disponible en unos minutos.

El Cónsul asintió y se levantó, esperando no escuchar la orden que temía vendría poco después.

—Espera. Te tengo otro trabajo.

—¿Urgente o puede esperar? —preguntó, volviéndose a sentar.

—De la mayor urgencia y, lamento decir, después de ejecutado tendrás que desaparecer por un tiempo. Las cosas se van a poner calientes.

El Cónsul alzó la ceja, fingiendo sorpresa.

—¿A quién tengo que echarme? ¿Al Alacrán?

—No, a su hijo. A Raulito.

—Pensé que con las fotos destruidas era suficiente.

—No, no lo es —dijo y su voz resonó con un dejo de exasperación. El Jefe no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus indicaciones—. Es por otro asunto.

—Ya veo. Bueno...

Las palabras quedaron sepultadas tras el ruido de alguien llamando a la puerta. Sin esperar indicaciones, la misma se abrió y Carlos entró en la oficina de su padre.

—Hola, papa. Disculpa —dijo extendiendo un celular al Cónsul—. El Mayordomo llama a nuestro amigo.

—¿Qué hace el Mayordomo llamándote al celular de Carlos? —preguntó visiblemente molesto—. ¿Es que ahora mi hijo es tu secretario?

El Cónsul puso cara de circunstancias y tomó el aparato ofrecido.

—Dime, Mayordomo. ¿Cómo anda todo por allá?

—Mal. Orden recibida. ¿Y tú?

—Lo mismo. ¿Crees que puedas con mi Glock?

—Por favor —dijo el Mayordomo del otro lado y cerró la línea.

El Cónsul le regresó el teléfono a Carlos, con un casi imperceptible asentimiento. En su defensa, reaccionó como esperaba. Palideció un poco, pero se repuso y guardando el

celular en su bolsillo, asintió en respuesta.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el Jefe, más dubitativo que exigente.

El Cónsul se recostó contra su silla y se acomodó, como si estuviera en su casa.

—Colin Powell, el diplomático norteamericano, una vez dijo que la diplomacia se trata de escuchar las necesidades de los demás. De establecer relaciones para que, cuando lleguen momentos difíciles, se pueda trabajar en conjunto.

—¿Qué me importa Colin Powell? ¿Quiero saber por qué...?

—Un buen consejero —dijo ignorándolo por completo— sabe cuándo intervenir en beneficio de su aconsejado, pero, sobre todo, debe saber cuándo salirse. Algunas situaciones no tienen remedio y la guerra nunca debe ser la solución.

Sin mediar otra aclaración sacó una Beretta de su bolsillo y apuntó a la cabeza del Jefe.

—Su hijo lo considera una persona non grata. En esta ocasión, estoy de acuerdo —Tras lo cual apretó el gatillo.

\*\*\*

—Mi padre era un hombre muy inteligente —dijo Carlos. Todos en la mesa asintieron en reconocimiento de sus palabras—, pero lo cegó el odio y las emociones no tienen cabida en el negocio.

Más murmullos de aceptación. Cabeceos de asentimiento.

—¿Qué ganamos con años de enemistad? Dolor y sufrimiento. Órdenes dadas de manera simultánea terminaron en las tragedias que nos obligaron a reunirnos el día de hoy. Raúl perdió a su padre, yo al mío. Nuestras madres, a sus esposos. ¿Quién más tiene que morir para que esto termine? No, caballeros. Alguien tiene que dar el primer paso y seré yo. Lo juro en nombre de mi difunto padre y delante de todos ustedes, rehúso a tomar venganza en su nombre.

Un silencio profundo llenó la habitación. Carlos pensó en decir algo más, pero del otro lado de la habitación reconoció el gesto del Cónsul y se sentó. Casi en el acto, Raúl Contreras se alzó y, mirando a Carlos, dijo:

—Estoy de acuerdo. Demasiadas lágrimas se han derramado por culpa de esta guerra. Yo también juro, por el eterno descanso de mi querido padre, que no buscaré venganza.

Dio un par de pasos y estiró la mano. Carlos se levantó y se la tomó, terminando en un fraternal abrazo. El gesto fue recibido con una salva de aplausos. Gritos pidiendo más licor empezaron a resonar, acompañados de carcajadas y chistes de mal gusto.

—Qué rápido se olvidaron del Jefe y del Alacrán —murmuró el Mayordomo que, parado a un lado del Cónsul, estudiaba a Raulito con el aprecio que se tiene por un hijo que acaba de graduarse.

—Te lo dije. El deseo de paz hace que todos olviden el pasado, siempre que elimines a los instigadores. Vámonos de aquí.

Salieron por una puerta lateral, mientras que en el salón de reuniones las ovaciones continuaban. Caminaron en silencio hasta llegar a un jardín aledaño a los estacionamientos. Los carros presentes brillaban bajo la luz del sol, mientras sus chóferes y acompañantes esperaban en una carpa cercana, donde se había instalado un televisor que, en ese momento, transmitía un juego del Real Madrid.

—¿Crees que la paz durará? —preguntó el Mayordomo, ignorando los gritos provenientes de la carpa y regresándole su Glock al Cónsul, quien hizo lo mismo con su Beretta.

—Mientras estén enamorados, sí. Serán un buen par de meses para los negocios. Después, quién sabe. El peso de no poder estar juntos en público tendrá consecuencias. Será como una gota golpeando la relación siempre en el mismo punto. Si son maduros y pacientes, todos estaremos bien.

El Mayordomo guardó su Beretta, arma que el Cónsul usó para asesinar al Jefe. Para mantener la ilusión de que simplemente estaban cumpliendo las órdenes de sus superiores. Con la amnistía general decretada por los nuevos jefes, sus asesinatos quedaban perdonados.

—*A veces la paz —les dijo a los otros conspiradores— requiere*

*un acto de violencia dirigida. Como un escalpelo que remueve un tumor. Hay sangre, hay riesgos, pero al final hay vida.*

*—¿Y si estás equivocado? ¿Y si mi padre acepta que quiero estar con Raúl?*

*El Cónsul lo miró con la paciencia que se mira a un cachorro que todavía no aprende a orinar fuera de casa. Con su voz más calmada dijo:*

*—Hagamos algo. Esperaremos a recibir la orden. Si el Jefe me ordena matar a Raúl y el Alacrán a ti, entonces procedemos. Si eso no pasa, le daremos oportunidad a la diplomacia. ¿Les parece?*

*Los dos hijos asintieron esperanzados. Detrás de ellos, el Mayordomo sacudía la cabeza en silencio.*

*—Pero si recibimos la orden, ustedes tendrán que darnos el visto bueno para actuar y declarar a sus padres personas non gratas. De lo contrario, tendrán que atenerse a las consecuencias.*

*El Mayordomo se detuvo y alzó la mirada al cielo.*

*—¿Y qué haremos cuándo el amor acabe?*

*El Cónsul se detuvo a su lado, pero prefirió estudiar el suelo a sus pies.*

*—Pretendo comprarme una Beretta mañana. Para ir practicando y acostumbrarme más a su peso.*

El Mayordomo, sin dejar de mirar las nubes que se deslizaban por el cielo, preguntó:

—¿Dónde puedo comprar una Glock como la tuya?

Oswaldo Reyes (1971-Panamá): Es ginecólogo-obstetra, profesor de obstetricia de la Universidad de Panamá y coordinador de investigaciones de la Maternidad del Hospital Santo Tomás. Es un ferviente lector y escritor del género negro, con nueve libros (*El Efecto Maquiavelo*, *En los umbrales del Hades*, *Pena de muerte*, *La estaca en la cruz*, *Sacrificio*, *El canto de las gaviotas*, *El cactus de madera*, *Asesinato en Portobelo*, *El experimento Maquiavelo*) y tres colecciones de cuentos (*Trece gotas de sangre*, *Trece candidatos para un homicidio* y *Trece crímenes a la panameña con patacones y café*) publicados a la fecha. Sus relatos forman partes de diferentes antologías (*Escrito en el agua*, *Pólvora y sangre*, *Homenaje a los clásicos*, *Revista Mordedor # 2*, *Círculo de Lovecraft # 9, #11, #14, #15 y #16*). Es ganador del Primer Premio de Narrativa Corta (2017) del Panama Horror Film Fest y del concurso de microrrelatos (2019) del grupo Tierra Trivium (#crimenperfecto) de España, así como finalista del concurso de microrrelatos Guadalajara en Negro (2021).

# **El acantilado**

Ana María Abad García

El inspector Morales conducía despacio por la carretera de la costa. Le habían avisado a horas intempestivas y con prisas, como solía ser habitual. Ya estaba acostumbrado y no se quejaba, aunque no dejaba de causarle cierta sorpresa que, después de tantos años, le siguiera incomodando. No era tanto el destemplado timbre del teléfono o la sensación de vacío que, de pronto, atenazaba su estómago, ni siquiera tener que vestirse en un vuelo y salir de estampida con el coche. Lo que más le molestaba era saber que su mujer se hacía la dormida para que él no leyera en sus dulces ojos la angustia que siempre le producían esas salidas fuera de turno, desde que un niño con mono y sin seso le pegase un tiro en un callejón, una madrugada cinco años atrás.

Morales suspiró y la cicatriz de aquella bala pareció arderle de



nuevo en las costillas, como cuando derrapaba en camilla por los pasillos del hospital, medio inconsciente y encharcado en su propia sangre, con las ideas deshilachándose en su cabeza a medida que los latidos que le retumbaban en los oídos se le antojaban cada vez más dispersos. Dio un resoplido para ahuyentar aquellos desagradables recuerdos y se concentró en las curvas de la carretera, que viraban y reviraban en la espesa neblina. “A ver si sobreviví a aquella bala para despeñarme ahora por un acantilado”, sonrió para sí, socarrón.

Por fin, los destellos azules de los coches patrulla se hicieron visibles en la distancia. El inspector enfiló el acceso que llevaba hasta ellos y detuvo su vehículo en una explanada de tierra, a pocos metros del borde del acantilado. Uno de los agentes de uniforme acudió a recibirle.

—¿Qué hay, Velasco?

—Tenemos un cadáver, señor, allá abajo. Va a estar difícil.

Morales hizo una mueca. “Ni que alguna vez fuera fácil”.

Se acercó al precipicio con cautela, mirando bien dónde ponía los pies, y estiró el cuello para asomarse por encima del borde. El cuerpo sin vida yacía sobre las rocas, en una posición grotescamente retorcida, empapado por las olas. La larga cabellera rubia entremezclaba sus hebras con los jirones de espuma que chocaban sin cesar contra los peñascos,

imprimiéndole un limitado movimiento de vaivén. El vestido blanco destacaba en la oscuridad como la luz de un faro en noche de tormenta.

—¿Quién la encontró?

Por toda respuesta, el sargento Velasco señaló con la cabeza hacia los coches patrulla, donde un hombre alto vestido con chándal gris conversaba con un par de agentes.

—Estaba corriendo.

Morales alzó las cejas y parpadeó, sorprendido.

—¿A estas horas?

—Dice que lo hace a menudo, al parecer sufre de insomnio.

—¿Y por qué se asomó al acantilado?

El sargento se encogió de hombros. No había oído más que un par de frases sueltas mientras ayudaba a acordonar la zona, detalles no sabía.

El inspector asintió en silencio y se dirigió hacia el grupo. El hombre de paisano estaba visiblemente alterado, se retorció las manos convulsivamente y no dejaba de cambiar el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Su rostro se mostraba desencajado y su frente se arrugaba con inquietud. “Lo normal en estos casos, la visión de la muerte siempre impresiona”, pensó Morales.

Los agentes le saludaron con un gesto y un murmullo, y se

retiraron discretamente. Sabían de sobra que a su jefe le gustaba hablar con los testigos en persona, nada de relatos de segunda mano, así que al pobre diablo le tocaba volver a contar toda la historia de principio a fin.

—Me han dicho que fue usted quien la encontró.

El hombre asintió con cierta rigidez.

—¿Qué hacía aquí, a estas horas de la noche?

—Ya les dije a sus compañeros...

—Pues ahora me lo dice a mí -le soltó a bocajarro.

El tipo se quedó de una pieza. Morales contuvo una mueca de disgusto consigo mismo: la frase le había salido más áspera de lo que pretendía. Suavizó todo lo que pudo el tono antes de proseguir:

—Si no le importa repetirlo...

El hombre cabeceó, resignado.

—Cuando no puedo dormir salgo a correr, es lo único que me ayuda. Y esta zona es una de mis favoritas.

—¿Y qué le impulsó a mirar abajo?

El tipo se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé... —balbuceó. Había dejado quietas las manos durante unos instantes, pero ahora volvía a retorcerselas—. Me detuve a respirar un poco después de la

subida —señaló la fuerte pendiente que llegaba hasta allí y que, unos metros más adelante, comenzaba a descender—. Me acerqué al borde y... no hay una razón, sólo... la vi allí.

—¿Y qué hizo?

El hombre parpadeó, como si le sorprendiera la pregunta.

—Llamé a Emergencias.

—¿Llevaba el móvil encima?

—Mi mujer insiste en que lo lleve siempre que salgo. Ya sabe cómo son...

El inspector suspiró. “Qué me va a contar a mí”.

—Sí, claro. ¿Y a su mujer, la llamó también?

—¿Para qué? —el hombre pareció sorprendido en primera instancia, luego un tanto a la defensiva—. ¿Para que se preocupe? Mejor que siga durmiendo, ella no pinta nada aquí.

“Demasiada vehemencia”, pensó Morales. “Habrá que hablar con ella”.

Mientras tanto, se habían montado unos potentes focos que habían permitido el descenso por el acantilado de un equipo de rescate, y el cadáver de una hermosa joven reposaba ya sobre una lona, en tierra firme. Morales se acercó a echar un vistazo antes de que lo cubrieran con una segunda lona, a la espera de que llegara el juez

para trasladarlo al depósito. Las rocas no lo habían tratado bien, presentaba numerosos cortes y magulladuras, aunque no había pasado tanto tiempo en el agua como para resultar irreconocible. El inspector notó cómo lo invadía un profundo malestar al pensar en unos padres, un novio, una amiga, puesto cualquiera de ellos en el amargo trance de escrutar aquellas facciones sin vida para darles un nombre. Inspiró hondo y exhaló el aire muy despacio. Con su experiencia, ya debería estar acostumbrado a estas escenas y, sin embargo, seguían afectándole.

Dirigió un gesto al agente que aguardaba, tela en mano, y se giró hacia el hombre del chándal gris. Demasiado rápido: Morales sorprendió un destello en sus ojos. ¿Furia, rabia, dolor? ¿Una mezcla de todo ello, quizá? Apartó la mirada enseguida pero la sombra de la duda ya había echado raíces en la suspicaz mente del policía.

—¿Cree...? —el tipo no sabía cómo formular la pregunta—. Supongo que fue un accidente, ¿no? ¿Usted qué opina?

Morales chasqueó la lengua. Aquel individuo le gustaba cada vez menos.

—Es pronto para saberlo —contestó, lacónico—. Habrá que esperar a la autopsia.

Dejó transcurrir unos segundos tensos, vibrantes en el aire que ya empezaba a oler a madrugada, antes de lanzar su ataque.

—¿La conocía?

El tipo abrió mucho los ojos. Negó con la cabeza. Se retorció las manos una vez más y luego hizo un esfuerzo consciente por separarlas, embutiéndolas en los bolsillos del chándal.

—No la había visto nunca.

Una vez más, demasiado énfasis. Y demasiado rotundo. ¿Cómo podía estar tan seguro, desde aquella distancia, con tan escasa luz, si apenas le había dirigido un breve vistazo?

El inspector asintió, dando un giro radical a su actitud. Le sonrió afablemente y le dio unas palmaditas en el brazo para tranquilizarle.

—Ha sido una noche muy larga, será mejor que intente dormir un rato.

El hombre vaciló.

—¿Puedo irme, entonces?

—Claro, aquí ya no puede hacer nada. ¿Le ha dejado sus datos a alguno de los agentes? Tendrá que firmar una declaración.

—Sí, sí, por supuesto.

—De acuerdo. Gracias por su colaboración. ¡Velasco! Lleva al señor... eh...

—Sanz. Joaquín Sanz.

—Lleva al señor Sanz a su casa.

Y, dándole la espalda, Morales se desentendió de él. El tipo vaciló de nuevo, sólo un instante, antes de seguir al agente hasta uno de los coches patrulla. Se arrellanó en el asiento trasero y su nerviosismo pareció esfumarse por completo, ajeno a la aguda mirada que el inspector Morales mantenía clavada en su persona.

Unos días más tarde, el inspector contemplaba el despliegue de declaraciones, pulcramente ordenadas en montoncitos, que cubría casi por completo la superficie de su escritorio. Echando mano de su reconocida paciencia y de una buena dosis de sentido común, había ido encajando las piezas del puzzle que representaba aquella muerte y creía haberlo completado a su entera satisfacción. Eso sí, era consciente de que ningún juez que se preciase iba a admitir el caso a trámite, dada la absoluta y exasperante carencia de pruebas. Sólo tenía eso: declaraciones.

Del tipo del chándal, que alegaba no conocer de nada a la víctima. De la señora Sanz, que afirmaba que su marido mantenía una relación con la muchacha y que le había amenazado con el divorcio si no volvía al redil de inmediato. Del consejero financiero de Sanz, que aseguraba que su empresa se encontraba en “situación delicada” y que, sin el dinero que le inyectaba regularmente su mujer, no tardaría en irse a pique. De una vecina trasnochadora, que le había visto salir a correr una hora antes de su llamada a Emergencias, cuando el trayecto hasta el acantilado

no llevaba más de treinta minutos andando. De la madre de la joven, a quien ella había confesado que estaba muy enamorada pero que, por el momento, debía ser discreta porque había “asuntos que arreglar”.

Morales suspiró. Todo indicaba que Sanz se había reunido con la chica en el acantilado. ¿Intentó cortar con ella, discutieron y la empujó en un acceso de furia? ¿O fue una caída accidental, como resultado de la pelea? Incluso era posible que el hombre la hubiera citado allí con la intención premeditada de quitársela de encima de manera expeditiva y terminante. En cualquiera de los casos, no había ninguna prueba física ni forense que le relacionase con la muerte de la muchacha. Su única esperanza residía en hacerle confesar.

Morales suspiró de nuevo. Aquella parte no solía ser agradable, enfrentarse a quien ha mudado de mero testigo a sospechoso evidente, tratando de ponerle nervioso para que se delatase. Por eso no cargaba a ningún subordinado con esa penosa tarea: siempre se ocupaba él mismo. Lo cual no significaba que disfrutase con ella.

La silla chirrió con desgana al apartarse del escritorio. El perchero parecía resistirse a soltar su chaqueta. Y para colmo de males había empezado a llover, una lluvia fina y persistente, de esa que parece una nadería y termina calándote hasta los huesos. Y sus huesos no estaban ya, a esas alturas, para humedades, así que



agarró el paraguas y salió de su despacho arrastrando los pies, consciente de las miradas comprensivas que esquivaban la suya para no incomodarlo.

Había telefonado a casa de los Sanz y hablado con la esposa. No, su marido no se encontraba allí. Exactamente, había salido a correr. Sí, sabía por dónde: los días lluviosos siempre tomaba el camino del acantilado.

Perfecto. Morales cogió el coche y condujo de nuevo por la carretera de la costa, cuya visibilidad no era mucho mejor bajo la lluvia que en plena noche. “Tengo que venir por aquí un día soleado, seguro que el paisaje es precioso”.

Instintivamente subió hasta el punto exacto donde habían rescatado el cadáver y aparcó el vehículo en la misma explanada de la vez anterior. Bajo el paraguas, caminó hasta el borde del acantilado y observó las olas estrellarse, con furia desatada, contra la pared rocosa. El formidable rugido de las aguas revueltas llenaba sus oídos, aislándolo de todo cuanto le rodeaba, por lo que dio un respingo cuando una mano se posó sobre su hombro.

—¡Inspector! ¿Qué está haciendo aquí? No habrá otro cuerpo allá abajo, ¿verdad?

Morales inspiró hondo para recobrase del sobresalto y enfocó la mirada sobre el tipo, con su eterno chándal gris brillante por la

llovizna y los húmedos cabellos pegoteados sobre la frente. Sintió el impulso involuntario de extender su paraguas para cobijarlo, pero no deseaba semejante proximidad entre ambos.

—No —respondió, sucinto—. Hoy no.

Un breve carraspeo antes de encarar al tipo por las bravas.

—Lo sé todo.

El hombre enarcó las cejas y parpadeó, con genuina sorpresa dibujada en su rostro salpicado de diminutas gotitas. Morales hizo una mueca: incluso a sus oídos, la frase había sonado a película de serie B.

—¿Qué es lo que sabe... o cree saber, inspector? —preguntó Sanz con voz engañosamente suave.

—No se haga el listo. Tenía usted una aventura con la chica pero, ante las amenazas de su mujer, decidió cortar por lo sano. ¿Fue un accidente o lo tenía planeado?

El tipo sonreía apaciblemente, inmune al parecer a los goterones de lluvia que iban arreciando por momentos.

—Vamos, inspector, no sea absurdo. En esa situación, uno le extiende a la chica un suculento cheque, no la despeña.

Morales rechinó los dientes. “Menuda sangre fría tiene el cabrón”. Una repentina lucidez le dijo que no iba a sacar nada en limpio de aquella entrevista, si acaso un buen dolor de cabeza.

—Todavía no sé cómo, pero encontraré la forma de hacerle pagar por esto —masculló, con los ojos entornados relampagueando de ira contenida.

El empujón le tomó por sorpresa. Trastabilló, sintió que el terreno desaparecía bajo sus pies y, mientras el vacío absorbía su cuerpo, sólo acertó a pensar “o quizá no...”, antes de que las rocas hicieran trizas sus últimos jirones de consciencia.

Ana María Abad García. Nací en Madrid en 1967 y soy estadística de formación y escritora por vocación.

Mi afición a escribir comenzó ya en el colegio y desde hace algunos años participo asiduamente en concursos literarios, sobre todo de relatos breves y microrrelatos.

He sido finalista en varios certámenes y también he resultado premiada en otros, como por ejemplo: *Un Amor, Cualquier Amor* (4º, abril 2021), *Una Imagen y Mil Palabras* (1º, mayo 2021), *Madrid Sky* (2º, junio 2021), *Microrrelatos de Terror de Molins de Rei* (1º, noviembre 2021), *Microterrores* (1º, enero 2022), *Projecte l'Orfeò a Cornellà* (1º, marzo 2022).

Además, fui la ganadora de la II Batalla de Cuentistas organizada por la Escuela de Escritores en abril de 2019.

# Constitución

Francisco Moreno Trinidad

—Le gustaba disfrazarse, al muy canalla. Cómo debía de disfrutar. Fíjate detrás del lóbulo de esta oreja... rastros de pintura negra —el forense permanece agachado junto al cadáver—. Se me había escapado antes.

—La edad, que no perdona, Márquez. Pero da igual, un detalle menor a estas alturas —el inspector tuerce la boca, socarrón—. Y bien que lo pasaría éste en la fiesta, ¿eh? Menudo truhán.

Uno de los dos, no importa cuál, saca la cajetilla y ofrece un Ducados al compañero.

—Deprisa, que la niña está al caer. Con el bozal lo mismo ni nota el humo. A ver si quiere buscarnos las cosquillas, la víspera de la jubilación —es el inspector quien habla, entre toses de caverna—. Le firmamos el informe y sanseacabó. Cuanto antes al bar y luego

al fútbol.

—No puedes despachar un fiambre de esta categoría con el informe, Alcántara. Ya lo hemos hablado. No se conformarán con lo de siempre: quién, cómo, a qué hora y por qué cojones. Esto va a levantar una polvareda de dos pares de narices. Así que hazte a la idea de que vamos a pasar unas cuantas horas en comisaría, reunidos con los peces gordos.

El inspector abre la boca bigotuda para objetar, pero chirrían las bisagras del portal y ambos se giran. De forma automática, sin necesidad de ponerse de acuerdo, esconden sus cigarros en el hueco de una mano y, con la otra, medio se ajustan la mascarilla.

Ha llegado la agente Fernández. Esta mañana recoge su cabellera castaña en una trenza larga. Una trenza de faena. Antes de entrar, se ha puesto guantes de látex. Porta una carpeta y un bolígrafo de los corrientes. Se planta ante ellos, a metro y medio. Los mira.

—¿Otra vez trabajando a la antigua, señores? ¿Contaminando la escena con ceniza? Ni siquiera para investigar el asesinato de un ministro siguen el manual. Porque lo han asesinado, claro está.

El inspector arrastra sus ojos lascivos por el uniforme de la agente. De abajo arriba. Y una vez más, como desde hace años, se repite mentalmente que los tiempos han cambiado. La Policía ha cambiado en este país. A peor.

—Yo determinaré qué ha pasado aquí. Yo, con la ayuda de mi

compañero. No hemos venido un 6 de diciembre a que la recién ascendida al departamento, tan diligente, tan avanzada, usurpe nuestras funciones —Alcántara ha ladeado la cabeza. Su cuello de toro se hincha. A su lado, Márquez alza el mentón.

La agente rodea el cadáver del ministro del Interior. Exministro. Fernández ha decidido ignorar el desafío. Porque es un desafío personal, desde luego; si fuera profesional, ya veríamos.

—Quienes han hecho esto, señores, sabían perfectamente lo que se traían entre manos. Conocían el protocolo de seguridad, a qué hora se relevan los turnos de vigilancia, los ángulos ciegos en este dispositivo diezmado aún por el COVID. Sabían también que anoche el gran hombre volvería tarde a casa y que en esta ocasión, cuando entrara en el portal, nadie lo acompañaría. ¿Algún indicio, inspector?

—No hay testigos. Nadie oyó nada, ni dentro ni fuera del edificio. Ninguna marca en paredes o suelo. Limpio como un quirófano. Quien lo planeó es un artista —Alcántara aparta la mascarilla y, sin recato, da una calada profunda al pitillo. Ya no volverá a ceñírsela—. Un trabajo de altura.

La agente descarta progresos con el inspector y encañona con sus ojos grises, metálicos, al forense.

— ¿Algo relevante por su parte, doctor? Apuesto a que tampoco.

—No hay marcas claras. Ni magulladuras, ni eccemas, ni

hemorragias externas. Postura recurrente en estas situaciones. Ninguna señal de violencia. Sin lugar a dudas, el autor material es un experto.

—O una experta —apunta Fernández, muy seria.

Un colmillo asoma por la comisura derecha de Alcántara. En la opuesta, el cigarro se incendia.

—Si usted lo dice...

Los hombres cruzan una mirada a medio párpado. Apenas un momento. Pero se entienden: nos las mandan tiernitas, parece decir uno al otro. No importa quién a quién. Chaqueta de paño en ambos casos, la misma gabardina encima. Dos pares de zapatos negros, por supuesto.

La agente duda un segundo, pero elude también esta discusión.

—Entonces, tenemos a un altísimo cargo asesinado en el portal de su edificio, la madrugada del 6 de diciembre. Un magnicidio — enfatiza la agente, y hace una pausa—. Sabemos que la noche anterior asistió a una inauguración, que después tomó unas copas en algún local donde probablemente celebraban algo, que volvió solo. Ningún testigo, ninguna pista sobre quién pudo matarlo. No dejó huellas. Un... artista, ¿es eso? O dos, o los que fueran. Menudo regalito para el Día de la Constitución, cuando la prensa se entere.

—Un regalito, sí —apostilla el inspector, muy despacio—. Se

acerca la Navidad. ¿No ha visto las luces? Ya se nota el espíritu de los Reyes Magos.

Fernández sabe tratar con esos dinosaurios de pistolera en el sobaco. Servidores de una ley caduca, a un paso del retiro. Se ofrecen voluntarios porque no soportan las jornadas festivas en familia. O porque no la tienen. Familia que los aguante. Pero efectivamente es una agente joven aún, y quizá algo impaciente. Su carrera sólo acaba de empezar. Una promesa. Y el uniforme azul le hace una arruga en el pantalón.

—Vuelvo con muy poco a comisaría, señores. Muy poco de momento. No se demoren en la escena, y no fumen más. Los jefes esperan algo a lo que podemos llamar informe. La investigación se presenta larga... Era uno de los ministros estrella del Gobierno. Un renovador, decían. De los que iban a modernizar España.

Y se da la vuelta. Sale del inmueble. Sale de sus vidas. La despiden con gestos obscenos, a su espalda.

—Apunta alto, la niña —comenta el forense—. Llegará lejos.

El inspector juega, dentro del bolsillo, con el llavero de su equipo.

—Sí, pero demasiado tarde.

Alcántara observa el cadáver ridículamente despatarrado sobre el piso de mármol. El rostro del ministro, asombrado más que dolido. La extrañeza en sus ojos almendrados.

Levanta la vista hasta Márquez.



—Nuestro último servicio al Cuerpo.

—Hemos hecho un buen trabajo.

Francisco Moreno Trinidad. Tengo 45 años. Soy periodista, trabajo en la televisión autonómica de Extremadura. Aficionado a la lectura y a la música. Casado y con una hija de cinco años. A los tres nos encanta viajar.

# Entelequia

Yemila Saleh Fraile

Esta noche cenamos en el hotel. Al aire libre. La temperatura se ha suavizado, algo de agradecer. El cielo luce tan estrellado que parece el decorado de una película. Un pianista ameniza la velada desde la pérgola de la terraza; habilidosos camareros vestidos de punta en blanco van de un lado a otro, cargados de vistosos platos, y yo hablo y hablo, desplegando todos mis encantos.

Entre mohínes y golpes de melena, cuento la historia de Marararía, la *femme fatale* canaria de la novela de Rafael Arozarena. Apenas he terminado de hablar y Ricardo exclama: «¡Ay, pero cuántas cosas sabe ella!». Suelta una risita nerviosa, me achucha y me da un beso con sabor a cóctel de marisco. Reprimo una náusea y sonrío. Enfrente de mí, los ojos chispeantes de Volpe me devoran cara, cuello y escote. Adela, su lolita *influencer*, está, una vez más, con la cabeza metida en el móvil.

Va a ser más fácil de lo que esperaba. No llevamos ni dos días en Tenerife y tengo al mismísimo José María Volpe a mis pies.

Volpe empezó como periodista cultural, duro e incisivo, pero ha

acabado haciéndose famoso por sus críticas despiadadas no sólo a artistas y creadores, sino también a políticos, deportistas y personajes de la prensa rosa. No pega nada con Adela, una veinteañera voluble y exhibicionista. Salta a la vista que comienza a irritar a Volpe después de cuatro años de relación. Normal que a Volpe le guste tanto yo, o más bien el personaje que me he creado para engatusarle y asesinarle. Será el trabajo de mi vida y me haré asquerosamente rica. No por nada, los que me han contratado tienen recursos de sobra para pagarme bien y encubrirme mejor.

Ay, Volpe: no has sido muy inteligente sacando los colores a personajes tan peligrosos.

Ricardo, el fotógrafo de Adela y gran amigo de Volpe, me distrae de mis pensamientos soplándome al oído: «Lisa, preciosa, tendríamos que hacernos alguna foto. Prometo no subirla a ningún sitio». «No insistas con ese tema, Richie, por favor. Ya sabes que los que nos dedicamos a temas de seguridad tenemos que blindar nuestra intimidad», le explico una vez más, aludiendo a ese falso empleo que me he adjudicado.

Tener que haber intimado con este sujeto es el mayor sacrificio que he hecho en toda mi carrera, pero era necesario para poder pasar por su novia primeriza y acercarme a Volpe.

Ricardo va a abrir la boca de nuevo, pero, repentinamente, un curioso personaje irrumpe en escena.

Se trata de una mujer de más de sesenta años, alta y de constitución fuerte. Viste un caftán floreado, tiene rostro y pecho chamuscados por el sol y los cabellos cortos, rizados y de un tono rubio rojizo. Parece una guiri. Sus pequeños ojos claros enfocan a Volpe con fiereza.

«Es usted José María Volpe, ¿no es cierto?», le interroga señalándolo con el índice. Tiene acento vasco. Volpe deja escapar un lacónico «Sí, lo soy», y la mujer ataca entonces, como una ametralladora: «Pues menudo bribón es usted. Ha hecho del ataque bajo y la crítica desalmada su modus vivendi, algo de lo que debería avergonzarse. No sé por qué diantres ha tenido que volverse tan malo. Una cosa es criticar a políticos corruptos y a famosillos, y otra muy diferente despellejar a gente joven que empieza en el mundo de la creación llena de ilusión. Como mi pobre vecino, Joaquín Gerardo, seguro que le suena el nombre, que por culpa de una de sus críticas acabó quitándose la vida».

Ante la cara de estupefacción de Volpe, la mujer añade: «Sí, sí, no se haga el tonto. Qué a gusto se debió de quedar después de fulminar la primera novela de Joaquín: *Entelequia*. Su reseña terminó de hundir en el pozo de la depresión al muchacho, tan sensible; se convenció de que no servía para lo único que le motivaba, la escritura, y se mató».

Ninguno de la mesa sabemos cómo responder, ni siquiera el ácido Volpe. La vasca se queda como una estatua de sal frente a Volpe

y nos mira detenidamente a todos, uno por uno.

Salgo en defensa de Volpe para espantar a este inesperado y molesto loro: «Señora, no es ni el momento ni el lugar para que le suelte algo así a este hombre, un periodista experimentado y respetado, libre de verter las opiniones que considere. Aprovecho para expresar mi pena por la muerte de su vecino, un joven que, como usted misma ha dejado caer, era muy vulnerable».

Mi intervención es brillante, pero la señora me replica diciendo que la libertad de uno termina cuando acaba la del otro, y estoy segura de que diría no sé cuántas cosas más si, de pronto, no aparecieran dos mujeres parecidas a ella y la arrastraran a la mesa que comparten con una cuarta, en la otra punta de la terraza.

Semejante encuentro deja a Volpe cariacontecido. Adela le consuela con un beso en los labios, y Ricardo, con gesto dolorido, se levanta y va al baño. Parece que ya comienza a surtir efecto lo que les he metido a él y a Adela en las copas. Calculo que les mantendrá indispuestos, al menos, durante dos días.

«Entelequia», oigo a Adela leer en algún sitio de la red: «cosa, persona o situación perfecta e ideal que sólo existe en la imaginación».

Como me esperaba, Ricardo me ha dado la noche con sus idas y venidas al baño, sus quejidos y ciertos detalles escatológicos que

prefiero no mencionar.

«Cariño, no voy a poder ir a la excursión. Me quedaré descansando», dice.

Finjo preocupación y acuso al terrible kebab que engulló a mediodía. Mi teoría se refuerza al de poco, cuando una llamada de Volpe nos comunica que Adela también está mal de las tripas. Solamente Ricardo y ella comieron el dichoso bocadillo oriental.

Los enfermos insisten mucho para que Volpe y yo, que estamos en plena forma, hagamos la excursión programada para hoy. Fingimos resistencia, pero al final cedemos encantados.

Nos preparamos, dejamos a nuestras respectivas parejas bien acomodadas en sus camitas, y cogemos nuestro coche de alquiler rumbo al norte, a los acantilados de Los Gigantes. Allí, con pericia y discreción, fingiendo un arrebató romántico, despeñaré a Volpe.

Lo cierto es que me he especializado en matar en parajes naturales, durante rutas y excursiones. He hecho de esta técnica un arte. No creo que haya muchos como yo. No es fácil elegir el momento y el lugar idóneos para despeñar, generar derrumbamientos o provocar malos tropiezos, pero igual de difícil es crearse una falsa identidad y desaparecer unos cuantos días después de las muertes, ni muy pronto ni demasiado tarde, sin levantar sospechas ni dejar huellas.

Hace un día espléndido y como salimos tan pronto, no hay demasiado tráfico.

La carretera es interminable y el paisaje terroso me hace pensar en África. Durante todo el trayecto, Volpe no para de hablar y hablar de su carrera, intentado impresionarme.

Anoche me despertó tal curiosidad lo del suicido de ese Joaquín Gerardo, que me puse a husmear en la red, y descubrí que la indignada señora vasca no había mentido. También tuve la ocasión de degustar la reseña con la que Volpe le asestó el golpe de gracia, y la verdad es que es de las críticas más humillantes y destructivas que he leído en mi vida. No va a dar pena eliminar a un tipo así.

Llegamos enseguida. Los Gigantes, enormes bloques de piedra alineados como una muralla defensiva frente al mar, nos reciben majestuosos. Fingiéndome una adoradora de la naturaleza, hago un barrido con mis prismáticos, en todas las direcciones. Estamos casi solos. Lo mataré enseguida, en cuanto nos alejemos de la carretera.

Volpe se vuelve hacia mí y me pide: «Lisa, ahora cuéntame tú algo, que casi no sé nada de ti. Sólo que sabes organizar viajes en tiempo récord». Y me guiña un ojo, y yo sonrío haciéndome la remolona, pero antes de que pueda abrir la boca, una espantosa y familiar voz nos interrumpe. «Buenos días, pareja. ¿Qué, dónde

habéis dejado a la mitad de la tropa?».

No puede ser. A un metro de nosotros está la vieja vasca con sus tres amigas clónicas. Su mirada zorruna nos repasa de arriba abajo. Las otras son más discretas.

Volpe, alucinado, responde a su pregunta, y cuando inician el camino rumbo a los acantilados, me susurra: «Ahora la tipa esta va de simpática». Agito los hombros e intento ocultar mi tremendo fastidio. No voy a matar a Volpe hoy. La maldita vecina del escritor suicida no nos va a quitar el ojo de encima. Lo haré mañana, durante nuestra visita a la Gomera.

El cuarto día en la isla amanece prometedor. Ricardo y Adela siguen indispuestos, por lo que Volpe y yo volveremos a pasar el día solos. Bien.

Contamos en la recepción nuestras intenciones de pasar el día en la Gomera, y nos dan toda clase de mapas e informaciones.

Todo transcurre a la perfección, nos damos una buena paliza visitando lo más celebrado de la pequeña isla, y a la hora de comer, llegamos a la espectacular piscina natural de Hermigua.

Por ahora, sólo estamos Volpe y yo, y a pesar de la buena temperatura, el cielo está nublado.

La mirada de Volpe sobre mi cuerpo, apenas cubierto por un bikini cortina, está cargada de deseo. Se confiesa un mal nadador,



pero mis encantos lo confunden. Una vez en el agua, sibilinamente, lo arrastraré hacia la zona más peligrosa, donde rompen, furiosas, las olas atlánticas, y allí, cual sirena sanguinaria, lo amarraré con mis extremidades y lo ahogaré.

La emoción me recorre de sólo visualizarlo, pero un estridente sonido interrumpe mis ensoñaciones. Es el teléfono de Volpe. Por su cara, parece que a él le fastidia más que a mí esa llamada. Coge, escucha y sólo aporta monosílabos. En cuanto cuelga, se explica circunspecto: «Eran del hotel. Tenemos que volver inmediatamente. Una información meteorológica de última hora anuncia un temporal monstruoso que afectará, especialmente, a la Gomera. Hablan de golpes de mar, tempestades, y hasta inundaciones».

Volpe termina de hablar y yo soy incapaz de buscar argumentos a favor de darnos el baño antes de que llegue el Apocalipsis marino. Recogemos y vamos a paso ágil hacia el ferry, ambos con la miel en los labios por diferentes motivos. Por eso es de imaginar cómo reaccionamos cuando, una vez en el hotel, los recepcionistas nos juran y perjuran que ellos no han recibido ninguna información meteorológica.

Y bueno, basta con mirar al cielo: parece bastante tranquilo.

Más tarde, reunidos con unos recuperados Ricardo y Adela en el bar del hotel, ambos niegan habernos gastado esa broma. Mi

mirada se cruza más tarde con la de la vieja vasca, que entra en el local rodeada de su aquelarre, y la malicia que bulle en sus pupilas me da la respuesta al enigma. Pero no diré nada. No quiero conflictos, ni llamar la atención. La única duda que me carcome es: ¿cómo habrá conseguido esa bruja el número de Volpe?

Llamamos al número de la broma y una voz automática dice que no existe.

Por primera vez en mucho tiempo, he tenido que pedir ayuda. Ejecutar el Plan C lo requiere. Ramiro, un excolega, me echará una mano y será generosamente recompensado. Retirado de la profesión, lleva varios años viviendo en Tenerife, en un lugar perfecto para que nadie te encuentre jamás. Se trata de Punta Prieta, en el municipio de Güímar, una aldea compuesta por casitas bajas y agrupadas en fila india, en el reborde de un precipicio. Solamente una vistosa piscina natural hace que algunos turistas se atrevan a subir el escarpado camino que lleva hasta allí. Ramiro me ha prometido que se las ingeniará para que a Volpe le caigan rocas en la cabeza. Lo achacarán a un desprendimiento.

En cuanto llegamos a Punta Prieta, tras pasar el día en el Puerto de la Cruz, Adela se precipita en mis brazos. Dice que esto es «lo

más». Y corre a hacerse selfies en la piscina. Al de nada reclama a Ricardo, su fotógrafo.

La casa de Ramiro queda muy cerca de donde estamos. Desde ahí, nos estará vigilando. Tiene que esperar a que Volpe ascienda conmigo por una zona en la que ya no hay viviendas, bajo el engaño de que vamos a ver una ermita. Entonces, Ramiro saldrá como una centella de su casa, tomará un atajo, subirá a la zona rocosa, y cuando esté a nuestra altura, previa llamada a mi móvil para advertirme de que me aparte, sepultará a Volpe bajo una lluvia de piedras.

Procedamos pues.

Ricardo está haciéndole mil y una fotos a una semidesnuda Adela, que posa cual Venus salida del mar, y yo me dispongo a avisarles de que Volpe y yo vamos a ver la ermita mientras tanto, pero Volpe me agarra del brazo y me susurra que no hace falta. Y sin soltarme, me lleva con él, cuesta arriba. Se muere por estar a solas conmigo.

Pero no hemos andado ni veinte metros cuando el brusco sonido de un coche acercándose de frente nos sobresalta, y siento que las piernas me fallan cuando me encuentro con la vieja vasca asomada a la ventana del conductor. Va con sus amigas. Se paran al otro lado del camino y desde ahí nos grita: «¡Jóvenes! Mejor no vayáis por ahí, que no hay nada. Todo lo interesante está por

abajo. Lo sabemos porque hemos pasado el día por la zona. Nos volvemos ya para el hotel».

En el rictus de Volpe se juntan la sorpresa, el fastidio y la consternación. «Bendita casualidad», farfulla. Con un hilo de voz me disculpo: «Vaya, pensaba que la ermita estaba por ahí arriba». Las cuatro furias se despiden y desaparecen cuesta abajo, y a mí me dan ganas de llamarle a Ramiro para pedirle que salga a la carretera con su Kalashnikov y las fulmine.

No lo hago.

Como de los nervios no se me ocurre nada, más tarde llamo a Ramiro desde el baño de un bar. Para explicarle lo sucedido y pedirle consejo. Mi veterano excolega me concede toda una lluvia de ideas, y cuando cuelgo, ya sé cómo matar a Volpe. Voy a aprovecharme de eso que tanto me llamó la atención el primer día: lo mal que están asegurados los balcones del hotel.

Y será esta noche.

Por fin, llega la hora de la cena y la ejecución de mi Plan D. Cuánto han tardado Volpe y Adela en bajar, y qué serios estaban. Seguro que han discutido porque Volpe, poco antes de sentarnos, se ha llevado a Ricardo aparte.

Estamos en la misma mesa que hace tres noches. Me he hecho con la tarjeta de la habitación de Volpe y Adela en cuanto nos

hemos sentado, fingiendo abrocharme la sandalia y deslizando mi mano en el bolso de Adela. Qué bien, no veo a las brujas vascas por ninguna parte, pero Ricardo está más pegajoso que nunca, y lucho contra mí misma por no clavarle en la yugular el cuchillo del queso. Donde sí que incrusto la punta del utensilio es en un lugar estratégico de mi fino vestido. «Oh, vaya», me quejo. Y explico que tengo que subir a cambiarme. Nadie dice nada. Qué ambiente más cargado.

Pronto estoy en mi habitación, en un abrir y cerrar de ojos me pongo un mono negro, cojo mi «kit de emergencias», y como una sigilosa felina, me cuelo en el cuarto de Volpe.

Ahora viene el trabajo difícil: casi a oscuras, preparar la barandilla del balcón para que ceda cuando Volpe se apoye en ella a fumarse el cigarrillo de antes de dormir, una de sus cacareadas costumbres, y se precipite al vacío. Sólo espero que Adela no se apoye antes que él. Lo chafaría todo.

Comienzo a desatornillar como si la vida me fuera en ello, pero mi trabajo termina apenas empezado. Alguien enciende la luz del cuarto. Alguien habla. «Pitxin, deja la tarea, anda, que te hemos pillado», resuena a mis espaldas esa voz abominable.

Me giro y me encuentro con la vieja vasca acompañada de Volpe, Adela, Ricardo y un policía. El rostro de la vasca muestra una mueca burlona; el resto me mira con estupefacción.

«Y pensar que mis colegas de Bilbao no querían hacerme caso y pincharte el teléfono... Que bastante habían hecho consiguiéndome el móvil de Volpe, decían. Pues mira, gracias a ese pinchazo hemos interceptado tu llamada a Ramiro, y aquí estamos», dice la vieja.

«¿Quién carajo es usted?», pregunto devastada.

Mi interpelada contesta tranquilamente: «Mariasun Osoro Lopategui, ertzaina recién jubilada. Cuando vi tu carita el día que le eché la bronca a Volpe, me dije: “Ene, ¡pero cuánto me suena esta chica!”. No me ibas a sonar... Eres uno de esos casos que yo llamo madarikatuak. Te he cazado porque, pese a tus cuidados, tengo varias fotos tuyas en escenarios donde ha muerto gente accidentalmente. Por eso os he estado incordiando, sabía que algo malo te traías entre manos. Y cómo me ha ayudado el Instagram de esta muchachita, con eso de poner vuestro plan de vacaciones completo». Mariasun termina su intervención señalando a Adela, y la maldita Adela, muy crecida, tiene el atrevimiento de hacerme una foto.

Estoy perdida. Ya no puedo pensar en frío, controlarme, y por eso, presa de un ataque de ira, en vez de ir a por Adela, como un autómatas programado, salto sobre Volpe para intentar clavarle el destornillador.

Hay gritos, forcejeos, gemidos, un sonido inequívoco e,

inmediatamente, un tremendo dolor en la espalda. Me doblo y caigo al suelo.

Pronto identifico el tremendo ardor que me llega hasta el cerebro: una bala. Ya he recibido algunas, pero jamás en una zona tan peligrosa.

Lucho por no cerrar los ojos, pero me resulta imposible.

Antes de sumergirme en la oscuridad, oigo a Mariasun sollozar: «¡Ay, ama! Qué tranquila estaba yo en mi casa de Plentzia...».

Yemila Saleh Fraile. Soy bilbaína de padre sirio. Estoy licenciada en Derecho por la Universidad de Deusto, y cuento con dos Master, uno en Periodismo Multimedia (de El Correo/Vocento), y otro en Dirección de Recursos Humanos (por la Universidad de Deusto). También estudié interpretación y guión de cine. Como escritora he sido premiada en más de 20 concursos literarios en lengua castellana, coordiné el Taller Literario de la Universidad de Deusto durante 2 de los 4 años que allí estuve, y fui crítica literaria en el blog [unlibroaldia.blogspot.com](http://unlibroaldia.blogspot.com)

Algunos de mis premios literarios:

Primer premio en el Concurso de Cuentos del IB Miguel de Unamuno (1998 y 1999); Primer premio en el Concurso Literario de la Universidad de Deusto (2003); Primer premio del Concurso Literario de la revista "Glamour" (2005); Primer premio del Concurso de Microrrelatos del Consejo de la Abogacía Española (mayo de 2009); Segundo premio del Concurso Osmundo Bilbao Garamendi (2008 y 2009); Segundo premio en Cuentos del Tren/RENFE (2009); Segundo premio en el Concurso de Cuentos Villa de Pedraza (2010); Tercer premio en el Concurso de Cuentos Villa de Mascaraque (2011); finalista del Concurso de Cuentos de la Editorial Beta III Milenio

(2011 y 2013). Tres microrrelatos seleccionados para el libro "El Rioja y los 5 sentidos" (2009, 2010 y 2011). Finalista del Concurso Literario ArsCreatio de Torrevieja (2012); finalista del Concurso Literario de la Fundación Atlantic Cooper (2012); finalista del Concurso Literario Torrecampo (2013); finalista del Concurso Literario "Joaquín Lobato" del Ayuntamiento de Vélez (2013); ganadora del Concurso de Relato "Revista BAO/Café Evidence" de Bilbao (2014); Ganadora del Concurso "Cuentos sobre ruedas" de ALSA (2014); Ganadora del Certamen Villa de Colindres (2015); Tercer premio en el Certamen Puente Colgante de Portugalete (2016); Finalista de "Historias de Viajes" de la página Zenda (2020); Relato seleccionado en el Certamen de Relato UNED (2021).



# Cuatro de copas

Hernán Salvarezza

Son las siete de la mañana y la tormenta transforma la calle Piedras en un túnel de agua y oscuridad. Goterones plateados golpean las ventanas del bar Las Palmas. Alciaga y Remo comparten una mesa y su silencio. Marcos Ramírez, el inspector de Asuntos Internos que los citó, se frota las manos y sonrío como una hiena. Alciaga luce su mejor cara de piedra porque intuye que Ramírez va a repetir su jodida letanía de preguntas, quejas y cuestionamientos. Alciaga no quiere volver a discutir el sombrío caso del barrio de la Boca, pero Ramírez insiste, no cede.

—Decime Alciaga —pregunta con su voz aguda y chillona—. ¿Cómo pasó lo de la Boca?

—Ya te dije cómo se nos fue este caso de las manos, Ramírez. Y es lo último que te cuento porque ya no quiero hablar de cosas que salieron tan mal.

La tormenta que dejó a oscuras medio barrio de la Boca se desató una tarde de septiembre. Los cuatro —Florencia, Macías, Romero y el dueño del bar Don Jorge— se vieron obligados a quedarse en el bar. Cuando la tormenta estaba en su pico la puerta se abrió y entró un rubio de un metro noventa o más. Vestía un traje gris y lo distinguía una cicatriz en el mentón.

El bar se hallaba vacío. La luz ambarina, la lluvia y las sombras le otorgaban una condición de ensueño, de pesadilla.

El Rubio, empapado, se acercó a la barra y le hizo una seña a Don Jorge.

—¿Qué le sirvo? —preguntó Don Jorge.

—Gin and Tonic, pero con Coca Cola —dijo el rubio.

Don Jorge le sirvió, y el rubio tomó un trago, revisó su celular y caminó hacia los baños. En ese momento el bar quedó completamente a oscuras y se convirtió en una cámara de sombras en la que apenas se definían los contornos de las sillas, de las mesas y de la barra. Romero revisó los tapones y comentó que sería un corte pasajero. Florencia se asomó a la calle y agregó que en la cuadra había luz. Macías hablaba por teléfono. Un relámpago iluminó el bar. La explosión del trueno lo siguió.

Y cuando Macías dejó de hablar por celular, se oyó un grito desde

el fondo, el aullido de miedo de una mente que se quebraba.

Al 911 llamó un denunciante anónimo. Acaso, alguien relacionado a la víctima. Un cumpa, tal vez. Le asignaron el caso a Remo y Alciaga que llegaron al bar cerca de la medianoche. Empapado, Alciaga encaró a los cuatro y les pidió que se quedaran en el salón. Quería tomarles declaración, pero Remo insistió en ver el cuerpo primero.

En el fondo del bar, las paredes de la despensa mostraban estanterías repletas de latas, conservas, bolsas de café y azúcar. El cuerpo, que olía a flores muertas, se hallaba debajo de la ventana que daba al callejón. Remo observó el cadáver y dijo que lo habían matado de una puñalada al corazón y, por el ángulo de ataque, había sido una persona diestra. En el bolsillo del pantalón de la víctima Remo encontró un DNI. Artemio Jerdulian se llamaba el muerto. Alciaga observó el cadáver y sopesó las variables del caso. Se comunicó con el comisario Laguna y se enteró que Jerdulian era un criminal buscado, y que llevaba mucha plata encima. También le informó que Jerdulian había estado preso varias veces y que sufría de una grave enfermedad del corazón.

«Era un conocido narco —pensó Alciaga—. Su muerte no lo hace

más o menos culpable. No lo exculpa.»

Alciaga observaba el cuerpo como un buitre a su presa. Salió de la despensa y volvió al frente del bar. Respiró hondo, y el olor a lavandina le llenó las fosas nasales. En el área de las mesas, Don Jorge trapeaba el piso con lavandina, pálido como un fantasma. Alciaga quiso hablarle, pero Remo le sugirió que le diera un respiro. El hombre aún lucía demacrado y daba la impresión de que en cualquier momento sufriría un ACV.

Alciaga se concentró en Florencia —la ingeniera. Florencia tenía ojos azules enormes y el pelo castaño y labios gruesos. ¿Qué hacía allí una mujer tan hermosa?

—¿Dónde estaba cuando encontraron el cuerpo? —preguntó Alciaga a Florencia, en voz baja y respetuosa.

—Estaba en el salón, en una mesa, cuando escuché el grito de Don Jorge.

—¿Y qué hacía?

—Trabajaba con Romero en la instalación eléctrica —dijo Florencia, y asintió. Su belleza lo deslumbró. La imaginó modelo o hasta actriz de Hollywood. Decidió no presionarla mucho. Sería suave con las preguntas.

—¿De dónde conoce a estos tres? —preguntó Alciaga, intentando encontrar una relación entre los cuatro.

—Los conocí acá. Entré por la tormenta. Venía por la avenida,

pero no se puede circular.

—¿Y usted cómo llegó al bar? —preguntó Alciaga a Romero—  
¿cómo llegó al bar?

—Vine a ver la instalación eléctrica —dijo Romero, pelado y musculoso. Parpadeaba todo el tiempo. Tenía un tic y los nervios lo habían activado—. Me agarró la lluvia y no pude seguir laburando.

A Alciaga su testimonio no le cerraba, pero tampoco quería confrontarlo. Supuestamente ninguno de los dos había visto nada. Quedaba Macías, el abogado.

Macías parecía un caso especial. Alciaga lo vio como el típico caso del abogado exitoso y ganador. Un poco chanta, un poco profesional. Mucha mentira, mucho verso.

—¿Dónde estaba cuando se oyó el grito, Macías? —preguntó Alciaga. Macías era delgado y tenía una cara cuadrada, granítica. Destacaba su pelo ondulado y alto, negro azabache, probablemente teñido, y su bronceado en pleno invierno.

—Estaba en la barra —dijo Macías, y jugando con un vaso vacío en mano hizo la mímica de beber un trago—, sirviéndome yo mismo un whisky porque Don Jorge no estaba.

Alciaga observó la barra y vio el espejo sucio con las esquinas gastadas. Vio un muro de vidrio de color verde, marrón, azul, rojo y amarillo en forma de botellas de licores, whiskies y vodkas. Vio

la caja registradora y una estantería llena de tazas de café, vasos y platos cubierta por un tramo de vidrio que actuaba como una cúpula.

—¿Qué cree que pasó acá? —dijo Alciaga y señaló al salón.

—No lo sé—contestó Macías—. Pero esta chica, Florencia, tiene que llevar al padre a Estados Unidos para que lo operen y necesita veinte mil dólares. Y Don Jorge tiene deudas del bar que si no paga lo llevarán a la quiebra o peor.

A Alciaga, el comentario de Macías le pareció incriminatorio. Por lo que habló con Florencia y Romero una vez más. Florencia negó necesitar veinte mil dólares para una operación. Y los dos dijeron que no había otro lugar para que alguien pudiese estar en el salón sin ser visto, pero que cualquiera pudo haber salido mientras estaban a oscuras.

Alciaga pensó en Macías. ¿Podría ser Macías el asesino? —pensó Alciaga—. ¿Podría haber salido después de matar? ¿Pero para qué salir en medio de la tormenta y volver al bar? Se incriminaría. A menos que lo hubiera matado pensando que tenía mucha plata encima y no se la encontró, pero después volvió al bar pensando que estaría en algún lugar del bar.

A Alciaga no le gustó esa idea. La ropa y el pelo del abogado estaban impecables. Si hubiese salido a la tormenta estaría empapado. Y si hubiese ido al fondo a matar a la víctima alguien

lo habría visto.

Alciaga se dio cuenta que no tenía indicios suficientes para acusar a Macías. Tampoco podía asegurar que Florencia o Romero se hubiesen acercado a la víctima o provocado su muerte. Faltaba hablar con Don Jorge —quien al momento era el sospechoso principal. Alciaga debía ser cuidadoso: era un hombre mayor y parecía enfermo, desmejorado. Estaría en los ciento veinte kilogramos y no medía más de un metro y setenta y siempre lucía pálido, y a punto de explotar.

—¿Cómo encontró el cuerpo? —preguntó Alciaga, y estornudó. La lavandina le había irritado las fosas nasales.

—Pensé en repasar el piso del bar y fui a buscar un balde para poner debajo del agua de lluvia —dijo Don Jorge, y se limpió la transpiración de la frente—. Pasé por la cocina, entré en la despensa y vi el cuerpo.

—¿De dónde conoce a estos tres? —preguntó Alciaga, e hizo una seña hacia los sospechosos.

—Sólo conozco a Macías —dijo Don Jorge, y le tembló la voz—. Tiene una deuda de veinte mil dólares para bajar una causa. Atropelló y mató a una mujer. Una tal Catalina Jerdulian. A Romero también lo conozco. Su hermano murió en el edificio Centinela. Necesita plata para pagar un abogado que mueva la causa.

«Catalina Jerdulian» —pensó Alciaga—. «Debía ser pariente de la víctima.» Un relámpago de arborescente luz azul iluminó el bar. Se oía el acuciante repiquetear de las gotas de lluvia contra las ventanas y el crujir del piso de madera mojado al caminar.

«No hay indicios claros. Los cuatro están coordinados. Los cuatro contaron la misma historia. Vieron entrar a la víctima al bar, tomar un Gin and Tonic, e ir al baño.»

—Remo —dijo Alciaga, mirando a su alrededor—. Llamé a los técnicos y junté a estos cuatro que les voy a hablar.

Otro relámpago iluminó el bar. El trueno lo siguió. A través de las ventanas se veían las calles y las veredas cubiertas de agua como vías venecianas. Alciaga miró al cielo buscando alguna constelación. Las nubes formaban un cielo bajo, gris, negro y violeta que cubría el horizonte. Más allá, por la bocacalle, Alciaga vio algunos autos con el agua hasta el techo, como tortugas marinas hechas de acero.

Alciaga se paró frente a los cuatro, que estaban sentados en una mesa en el centro del bar, y parecían cuatro pichones mojados por la lluvia. Don Jorge transpiraba profusamente. Romero se limpió la pelada con un trapo. Florencia miró al suelo. Macías sonreía, acaso nervioso.

—Tengo una teoría de lo que pasó —dijo Alciaga, con voz firme, observándolos—. La víctima era un conocido traficante. Uno que



tiene fama de andar siempre con plata encima. Llegó acá y uno de los presentes lo reconoció. Sabía que traía plata, aprovecharon el corte de luz, lo siguieron hasta la despensa y lo mataron. Cuando vieron la cocaína, se dieron cuenta que se trataba de una operación inconclusa y que pronto llegaría el comprador. Se asustaron, pero también vieron una oportunidad. Escondieron la cocaína y volvieron al salón con el resto del grupo a esperar al comprador.

—¿Qué cocaína? —preguntó Macías—. No sabemos de qué nos están hablando.

—Encontramos a un hombre a una cuadra de aquí con dos kilos. Su testimonio confirma que la operación se llevó a cabo.

Algunos plafones parpadearon y el bar quedó a oscuras. Cuando volvió la luz, Alciaga observó el techo oscuro y los plafones parpadeantes.

Faltaba la plata. Ya había registrado a los sospechosos y revisado el salón, los baños, la cocina y la despensa, pero no encontró nada.

Entonces llegó un forense en dactiloscopia y lofoscopia. Lo hicieron pasar a ver el cuerpo. El técnico sacó fotos y registró huellas que encontró en la ropa de la víctima. Usando su laptop, escaneó las huellas y las contrastó contra la base de datos del RENAPER. Sólo quedaba esperar por los resultados que podían

tomar veinticuatro horas o más.

A Alciaga se le ocurrió una nueva teoría. Los cuatro se habían puesto de acuerdo para afanarse la guita a la víctima y escapar. Alciaga se acercó a la mesa de los cuatro e intentó forzar alguna reacción.

—Cuando vieron entrar al rubio se pusieron a trabajar —dijo Alciaga—. Florencia lo convenció de irse juntos al fondo del bar y lo mató. Romero cortó la luz. Don Jorge mantuvo las apariencias ubicado detrás de la barra. Macías hizo de campana.

Florencia se puso colorada y Don Jorge palideció. Romero miraba el suelo. Macías sonreía. Un foco parpadeante proyectaba sombras saltarinas sobre las paredes.

—Son conjeturas —dijo Macías, sonriente—. No tiene base legal. No puede probar nada.

—Pueden ser conjeturas —contestó Alciaga—, pero ustedes lo mataron. De eso estoy seguro.

—No tiene el arma. ¿Qué tiene hasta ahora más allá de sus conjeturas?

—Creo saber lo que pasó. Se encontraban en el fondo del bar observando el cuerpo del muerto y sabían que, tarde o temprano, llegaría la policía. Se asustaron. Se apuraron. Movieron el cuerpo. Me di cuenta, ya que debajo de la ventana el suelo estaba seco, pero las solapas del saco de la víctima estaban mojadas. Y cuando

dimos vuelta el cadáver vimos su espalda húmeda también. No tan húmeda como si hubiese recibido agua de lluvia directamente, pero lo suficiente como para pensar que lo habían arrastrado sobre el suelo mojado, empapando la espalda del saco en el proceso.

Alciaga sabía que ese razonamiento no aguantaría ningún análisis, pero se la jugó y se calló la boca para crear un efecto, una pausa acusatoria. Dijo:

—Los cuatro tienen deudas. Los cuatro necesitan la plata. Los cuatro están desesperados. Hace un rato un informante vio salir a un hombre con una mochila. Remo lo encontró gracias a que el auto que manejaba se quedó en una esquina anegada. Como el hombre actuaba raro y nervioso los vecinos llamaron a la policía. Así recuperamos la cocaína.

»El tipo habló y dijo que solo era una mula y que no sabía nada más. No le creímos demasiado, pero otro tema nos ocupó en ese momento. Además de estudiar el cuerpo de la víctima, encontramos el cuchillo con el que lo mataron. Lo habían tirado por la ventana del fondo creyendo que caería en una boca de tormenta. Pero cometieron un error, el cuchillo cayó sobre un pequeño voladizo y quedó protegido de la lluvia. Detalle que no vieron o no tuvieron en cuenta, engañados por la oscuridad de la tormenta. O sea, que mataron a la víctima, le sacaron la cocaína y completaron la venta.

—Es todo circunstancial —dijo Macías—. No tiene pruebas.

Alciaga se quedó callado, respiró hondo y bajó la vista. Observando el lado oscuro del bar, su mente se llenó de imágenes sobre la muerte de su familia.

—¿Qué les dije? —insistió Macías—. Puras teorías.

—En el cuchillo encontramos las huellas de un tal González —arriesgó Alciaga, y levantó la vista—. Don Jorge.

—Te dije que no funcionaría —dijo Don Jorge mirando a Macías.

—No solo no funcionó. Sino que irán todos presos por planificar la muerte de la víctima. Sabemos que Don Jorge tenía deudas, pero también sabemos que no hizo las cosas sólo. Macías nos dijo que Florencia, que tiene que operar a su padre en Estados Unidos, necesita los veinte mil dólares.

»Don Jorge nos contó que Romero, necesita la misma cantidad. Macías para no ir preso, tenía que pagar veinte mil dólares también. Todos tienen motivo y se encontraron con una oportunidad para salir de la mala. El plan fue básico. Florencia lo sedujo. Don Jorge proveyó el arma y cubrió los rastros. Romero cortó la luz del salón y del fondo. Y Macías lo mató.

—¿Cómo va a probar que yo lo mate? —dijo Macías.

—Para empezar porque tiene más que un buen motivo. Artemio Jerdulian era el hermano de Catalina Jerdulian. Catalina era la mujer que usted atropelló y mató hace un mes atrás. Usted

aprovechó que Artemio no lo conocía en persona y que Don Jorge le prestaba el bar para hacer sus negocios y armó el equipo de cuatro de copas que necesitaba para matarlo. Al gallego lo convenció diciéndole que le solucionaría las deudas con su comunidad. A Romero le dijo que iba a encontrar al culpable de la muerte de su hermano. Y a Florencia le dijo que conseguiría la plata para la operación de su padre.

—Son conjeturas. ¿Cómo va a probar que yo lo maté y no uno de ellos?

—Porque tengo sus huellas en el cuchillo, Macías —mintió Alciaga—. No las de Don Jorge. Las suyas.

—Yo no lo maté —dijo Macías—. Estaba muerto cuando le clavé el puñal.

—Encontramos restos de cocaína en el cuerpo de la víctima —contestó Alciaga—. Sabemos que llevaba la cocaína y la plata la tenía el comprador. Quizá probó la cocaína o era un consumidor, por los restos encontrados en su ropa lo suponemos. Sabíamos desde el principio que el hombre sufría del corazón. Tantos años viviendo en la mala, arriesgando su vida, le pasaron factura. Supongo que habrá discutido con el comprador, pelearon. El comprador le dio una trompada y lo noqueó. El técnico forense nos adelantó que la puñalada era superficial y que no fue la causa de la muerte. También informó que tenía un moretón en la sien,

donde seguramente recibió el golpe. Su débil corazón no lo resistió. Lo que no tiene sentido es el cuchillo. ¿Para qué clavarle el cuchillo si el tipo ya estaba muerto? A menos que no lo estuviese. —Hizo una pausa y miró fijo al abogado—. Hable, Macías. Ya me adelantaron los resultados de las huellas —mintió Alciaga—, son tuyas. Sabemos que conocía a la víctima y a su hermana. Tenía asuntos que resolver con ambos. Sabemos que todos tenían deudas, pero nadie en este grupo debía una muerte. Usted sí. Y con otra muerte resolvió la situación. Los mató a los dos. A Catalina la atropelló y al hermano lo acuchilló.

Macías miró al suelo. En ese momento habrá sentido que las décadas de práctica de abogacía no le servían de nada. Estaba acorralado. Alciaga había hecho bien su trabajo.

—¡Confiese, Macías!—gritó Alciaga—. ¡Confiese!

—No fue a propósito—dijo por fin Macías—. Quería ocultar el tema de la cocaína. Si hacían muchas preguntas me causarían problemas. Nadie del grupo iba a meterse con plata de un narco. De esta manera, solo quedaba repartir el dinero. Así nadie sabría de la cocaína, y ellos me ayudarían a desaparecer el cuerpo.

—Sí, pero el dinero no estaba —contestó Alciaga—. Se lo había llevado el comprador. Entonces ustedes no completaron la operación. El negocio se realizó sin su intervención. Con Artemio Jerdulian noqueado, el comprador aprovechó y se llevó la cocaína

y el dinero. El dinero luego se lo dio a un hombre aún no identificado y la cocaína la llevaba la mula que arrestamos.

—Creí que el dinero estaba en el cuerpo —agregó Macías, mirándose los pies y frotándose la frente transpirada—. Un buche me alertó sobre la operación. Me pareció una locura, pero cuando vi que no estaba la droga, les dije a ellos y entre todos revisamos al muerto.

—Por eso estaba lleno de huellas de los cuatro. ¿Y cómo entró el comprador de la cocaína?

—Estaba hace un rato —confesó Don Jorge, mirando el suelo—. Lo dejé entrar temprano. Antes que nadie. Salió cuando se cortó la luz. Nadie lo vio. Nadie sabía.

—¿Y por qué lo ocultó?

—Pensé que podía hacer un negocio. Como siempre.

—Llama al patrullero, Remo.

—Va a tardar—dijo Remo—. Como están las calles.

—No importa. Quedan todos detenidos.

Alciaga termina su café y prende un cigarrillo. Una fina nube de humo azul lo rodea como una pitón dispuesta a ahorcarlo.

—¿Por qué pensás que salieron tan mal las cosas, Alciaga? —

pregunta Ramírez—. Al final resolviste el crimen.

—Sí, pero no todo salió como esperaba. Don Jorge, que era un hombre nervioso, se descompuso y murió. Macías pagó la fianza y se suicidó esa misma noche. Romero murió en un accidente reparando la instalación eléctrica de la comisaría donde lo teníamos detenido. Y Florencia se escapó de su custodia durante un traslado. Parece que su abogado tenía algo de su dinero guardado y que le pagó a alguien del servicio penitenciario.

Alciaga apaga el cigarrillo y se pone de pie, y Remo lo sigue sin decir palabra. Los dos salen y se detienen bajo el dintel del ventanal del frente, al lado de la puerta de entrada. Ramírez los sigue.

—¡Y la plata! —chilla Ramírez desde la puerta del bar. El agua de lluvia le pega en la cara, en el pecho y en los pantalones.

—Hasta luego, Marcos —dice Alciaga, y cruza la calle.

Y camina hacia la tormenta que oscurece la ciudad y parece un sueño, una fantasía.

Hernán Salvarezza es Redactor de contenidos durante el día y escritor de policiales durante la noche. Fue publicado por Altair Publishing Australia en la antología "Worlds of Science Fiction, Fantasy and Horror Volume 2". Vive en Buenos Aires, Argentina. Desde allí imagina y escribe sus relatos mientras trabaja en su primera novela.



# **En todo trabajo hay ganancia**

Alberto de Frutos Dávalos

Siempre he sido el mejor en lo mío. Por eso me llaman cuando hay un problema, y de eso no falta en este negocio. Empecé como aprendiz con el Flaco Juan, a los dieciséis, y me independicé a los dieciocho, cuando mataron a mi mentor. Yo encontré su cadáver, y yo le di sepultura: cuando a mí me llegue la hora, quiero que me entierren mi gente, no acabar en manos de un destripador ni en una fosa sin nombre.

Mi vida es la muerte. Hay hombres que prefieren ir por ahí con las manos limpias y el alma sarnosa. Pero Dios nos mira y conoce nuestros pecados. Él puede perdonar que el cuerpo se reboce en el estiércol, pero no que lo haga el espíritu y después se esconda en una cueva. Porque, por muy lejos que vaya, Dios lo perseguirá y no aflojará el sedal cuando lo pesque.

A lo largo de estos años, he matado a setenta y cuatro personas, hombres y mujeres, pero tengo la conciencia tranquila. De estos recados viven mi mujer, Leila, y mis seis hijos, y, mientras yo siga en este mundo, a ellos no les faltará de nada.

En el barrio todos saben a qué me dedico, aunque ninguno se atreva a reconocerlo. Si les preguntan, miran para otro lado, y no porque me teman, pues saben que no haría daño a mis vecinos, sino porque mis enemigos son malos y poderosos, y no honran a Dios.

Mi gente me respeta y acepta mi trabajo. ¿Quién les dice que un día no vayan a necesitarlo? Por una bolsa de plata, alquilarán mi tiempo, mi destreza y mi silencio, y yo cumpliré con el trato, porque, en el fondo, un sicario, no es más que una mujerzuela que procura a sus empleadores un placer más duradero y justipreciado.

Hay tiempo de dar muerte y tiempo de dar vida, y a mí me tocó en suerte lo primero. No era el trabajo con que soñaba de niño, desde luego. Cuando iba en pantalones cortos, quería ser marino, y los domingos, de vuelta de misa en Santa Bárbara, predicador. Pero nuestra casa estaba lejos de ese mar que yo acariciaba en los cuentos ilustrados, y mi familia carecía de los medios para prescindir de mí y meterme en un seminario, así que tuve que ganarme el pan con el único faro del instinto.

No quería acabar como mis padres, él en la carretera, vendiendo artículos de sexta mano, y ella fregando el suelo de casas ajenas. Bastaba con abrir los ojos para ver quiénes estaban en lo alto de la pirámide y quiénes debajo. Los amos, aquellos que controlaban el negocio de la droga y el juego, se movían por la ciudad como si

fuera suya, como si el mundo entero fuera una pasarela, y los políticos y la policía amparaban esas desigualdades.

Comprendía el funcionamiento de la máquina, pero era del todo inepto para cambiar las piezas. Que yo toqueteara los ejes o los émbolos no me haría más libre; por tanto, decidí subirme al carro ganador, y sobreviví porque era bueno.

Quienes me conocen saben que no me caso con nadie y que no tolero los vicios. Sé que la plata no tiene padre: es como un huérfano que va de hospicio en hospicio, y no me importa si ha pasado por las manos de un narcotraficante, un proxeneta o un ruletero. Sus ídolos no son los míos. Eso me basta.

Una noche acompañé a mi maestro, el Flaco Juan, al garaje Ceibo, y mientras yo esperaba en el auto, aguardando la balacera, lo emboscaron los mismos que le habían citado ahí. Arrastré su cuerpo agujereado hasta el auto y lo metí en el maletero. Después de enterrarlo, visité a los asesinos y, por primera y última vez en mi vida, trabajé sin pensar en el sustento. No lo hice por venganza, sino por supervivencia. Después del Flaco, iría yo.

Cuando, a los veinte años, me casé con Leila, mi mujer quiso saber si era verdad lo que se decía de mí.

—¿Qué se dice de mí? —le pregunté—. ¿Que soy un hombre noble y temeroso de Dios? ¿Que lucharé por los míos hasta la última gota de mi sangre? ¿Que creo en la paz y la justicia? Todo

eso es verdad, amor. Si has oído otra cosa, dime quién te la ha contado y yo le preguntaré.

Hace dos semanas, un hombre cruzó la verja de la hacienda y preguntó por mí. Mi hermano Fede lo registró y lo condujo al porche, donde estaba yo sobre la hamaca, con una limonada, distraído con los juegos de María y Estela en el jardín. Bajé de un salto y le pregunté qué se le ofrecía. Me dijo que tenía un negocio que proponerme y sacó la fotografía de un tipo. “Eso luego”, le dije, y rechacé la estampa. “Primero hablemos de la plata”.

Vestía de negro de la cabeza a los pies. No era más que un intermediario, un correveidile que en su tarjeta se haría pasar por abogado, un capón que defendía los intereses de un capo.

Soltó una cifra considerable, pero quise comprobar en cuánto estimaba realmente su odio, o el odio de su jefe, y le exigí otro tanteo. “Fije usted la cantidad”, convino. “¿Qué le parece el doble?”. “Sea, pues”, replicó, y volvió a sacar la fotografía del bolsillo. Le eché una ojeada —varón, cuarenta años, gafas, vigoroso y aseado— y le di la vuelta, en busca de algún dato.

La víctima se llamaba Dionisio Aldana y vivía en una calle del centro. Me guardé la fotografía en un bolsillo de la camisa y acordamos los plazos para el pago: el cuarenta por ciento al día siguiente y el resto al término de la operación.

—Solo una advertencia —añadió—. El tipo pretende viajar a Estados Unidos en un par de semanas. No se demore.

Todos exigían lo mismo: librarse del mal lo antes posible. Una vez que optaban por delegar la tarea en otro, la plata era lo de menos: solo importaba el tiempo.

Empezaría el ojeo a la mañana siguiente, y esa misma noche pondría a punto las herramientas. Me senté en un banco para mirar a María y Estela, que alborotaban como animalillos.

Leila solía levantarse antes que yo. Cuando la rutina fallaba, le oía darme unos buenos días mustios, aturdidos. Si me levantaba demasiado pronto y me sorprendía vestido, era porque me traía algo entre manos. Nunca entré en detalles ni le di razones para preocuparse. Durante una semana o dos me saltaba el horario habitual de las comidas y los rezos, eso era todo. Salvo que tuviera que desplazarme a otra ciudad, lo que no solía ocurrir —el veneno de la cizaña era inagotable en la mía—, dormía siempre en casa y la piel de Leila me curaba de todas las fatigas.

—Buenos días, amor. Pasaré el día fuera, con los compadres. Dile a Nora que me guarde la comida para la noche.

Le di un beso y salí de casa. Me había puesto la ropa más discreta que encontré en el ropero: pantalones de pana, camisa de cuadros, mocasines. Tenía el aspecto de un padre que se acerca al quiosco a comprar el periódico y una revista de motor y luego se empapa

de la fritanga de una churrería. Me subí al auto y enfilé a mi destino.

Mientras cruzaba las avenidas y sobrellevaba los semáforos con los vallenatos de la radio, pensaba en la naturaleza de esos mandados.

Entendía que hubiera hombres a quienes impresionaba la comisión de un crimen y que requerían, por tanto, que un tercero despachara sus rencores sin empañarles la conciencia. Allá cada cual. El ser humano es blando por naturaleza. Un jefe nos hace la vida imposible, o nuestro padre nos amenaza con cambiar el signo de su herencia. Entonces, nadie mejor que un sicario para recuperar la normalidad. A cambio de plata, el trabajo vuelve a ser placentero y la prosperidad compensa nuestra paciencia filial de tantos años. Pero un sicario no solo lleva la alegría a los de abajo, sino también a los escaladores. El director de una empresa quiere adquirir una firma de la competencia, pero el titular de esta se niega. O un político confía menos en su labia que en la oratoria de las balas. De nuevo el sicario se convierte en una figura necesaria, en un doctor, en un sacerdote.

Dionisio Aldana, mi objetivo, no era un marido rabricorto, ni un jefe huraño, ni un papá retorcido que pensara corregir la letra de su testamento.

Era temprano y esperé en las proximidades de su casa tres cuartos

de hora. Desde donde estaba, vigilaba su portal y acechaba su persiana, todavía baja. A las nueve, por fin, las tablillas empezaron a moverse, y la luz inundó el salón. Imaginé su paseo lánguido por las habitaciones, su desayuno de huevo frito, plátano maduro y chocolate, la ducha de agua caliente y la íntima protesta por haber olvidado la toalla sobre el radiador del pasillo. Sospeché las mil excusas que su pereza inventaría antes de abrir la puerta y bajar las escaleras —vivía en un tercero— para plantarse en la calle, llena de amenazas y peligros.

Media hora más tarde, salió. Era un hombre alto, aproximadamente de un metro noventa, moreno y de pelo rizado. Llevaba pantalones vaqueros, camisa de cuadros y una chaqueta oscura. Caminaba a su aire, sin apremio, como un profesor despreocupado. Lo que era, yo no lo sabía. De algunas de mis presas lo había averiguado durante el seguimiento o más tarde, o no lo había averiguado nunca.

Mantuve una distancia prudente pero intrusa, que manipulaba a mi sabor. A veces me acercaba hasta su cogote y otras me paraba frente a una floristería o una tienda de moda. Hiciera lo que hiciera, él nunca miraba atrás. No desconfiaba. Su vida, tan precaria, le parecía entonces tan segura como la botella de leche que nunca le fallaría en la nevera o el arcón.

A las diez, Aldana entró en una ferretería y saludó a un tipo múrido que, tras el mostrador, se recreaba acosando a una mosca.

Esperé unos minutos fuera y entré. Dionisio, con mono azul, y su ayudante me recibieron con una sonrisa, y el primero me preguntó:

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—Necesitaba un escariador.

Después de trece días conocía a Dionisio como a mi sombra. No era difícil, tratándose de un hombre tan confiado como transparente. Incluso una vez, a la salida de su trabajo, lo abordé en un bar que frecuentaba y allí, entre copas, hablamos de lo divino y de lo humano.

Divorciado y con tres hijos que vivían con su madre, era el propietario de la ferretería El mazo, un negocio cuyos beneficios habrían consolado a muchos, pero que a él le resultaban insuficientes. Tenía una ambición pueril, baldía, que se conformaba con acumular plata por el goce de mirarla.

Unos meses antes, había ayudado a unos tipos a mover una mercancía en Panamá, pero se había quedado con unos fardos. Creía que los narcos eran como los clientes de su tienda, a quienes embaucaba para arañarles un poco más de plata. Si alguno se percataba, le bastaba con sonreír como un tarugo y pedir excusas por el despiste.

En aquella ocasión, los capos le hicieron confesar por las buenas,



y Dionisio, ajeno a las consecuencias de su frescura, devolvió el género con la promesa de que no se la volvería a jugar si le daban otra oportunidad. Ahora se presentaba esa oportunidad.

Al día siguiente, tomaría un avión con destino a El Paso. Un trabajo fácil, bien remunerado. Pero la organización era como Roma, que no pagaba a traidores. Sus cartas estaban ya marcadas, y un asiento quedaría vacío en el avión. El capo había montado la mascarada por el mero placer del espectáculo, con una crueldad refinada y mezquina.

Esa noche recé por él. Recé por Dionisio Aldana y por su mujer y sus hijos.

Lo tenía todo preparado. Me levantaría temprano para estar frente a su portal a eso de las seis. Su vuelo salía a las diez, y calculé que dejaría el hogar después de las siete. Me había hecho con un duplicado de la llave, por lo que no tendría que forzar las cerraduras. Subiría las escaleras por si fallaba el ascensor, abriría la puerta con sigilo y, después, lo de siempre.

Leila y yo nos acostamos. No habíamos cerrado los ojos cuando se abrió la puerta y entró María, la pequeña. Le tocamos la frente y la cara, estaba ardiendo. Leila le puso el termómetro bajo la axila, marcaba treinta y nueve. “Deberíamos llevarla al médico”, dijo mi mujer.

Con el sueño ya perdido, fuimos al hospital para que la

reconocieran. Los médicos sabían quién era yo, la atendieron bien. Le recetaron varios medicamentos y, cuando volvimos a casa, la acostamos en nuestra cama y velamos su sueño.

Yo también quería soñar. Quería ver a mi padre viajando en su furgoneta por carreteras de polvo y miseria, quería ver a mi madre dispuesta siempre a quererme, hiciera lo que hiciera, quería ver a mi hermano Fede antes de que la plata lo tentara y se rebajara a ser mi guardaespaldas, quería ver a Leila a los veinte años, el día que aceptó casarse conmigo. Tenía que ser fuerte por ellos, pensé, mientras me echaba en el sofá del salón.

Leila encendió la luz, y me desperecé. Miré la hora: las nueve y media. Tal como estaba, saqué el auto, me dirigí al aeropuerto y recé por que el avión no hubiera despegado. Los retrasos eran habituales. Imaginé a Dionisio deambulando por los pasillos, inquieto y ávido. Lo vi en una cafetería, o sentado en una butaca. Pero, cuando llegué, comprobé en la pantalla que su vuelo acababa de partir.

En el baño de un hotel, recuperaría la droga de su cuerpo, y, en el vestíbulo, aguardaría la llegada de su contacto, un Gabriel que no existía. Poco a poco, aguzaría los sentidos y el miedo le avisaría de lo demás. Desaparecería del mapa.

Me santigüé, volví al auto y regresé a casa. María estaba mucho mejor. Sentada en la hamaca del porche, miraba con voracidad el

columpio en el que se balanceaba Estela, pero, como su madre le había advertido que no jugara tan pronto, esperaba un descuido para esquivar la vigilancia y ponerse a trastear en su cándido edén.

—¿Ya estás aquí?

—Sí, esta vez ha sido rápido, amor. ¿Quedan rancheros?

—¡Claro que sí! Tienes mala cara...

—No hemos dormido muy bien, ¿cierto?

—Hoy dormiremos mejor.

A media mañana hablé con mi hermano y le dije que se llevara a Leila y a los niños a casa de la abuela.

Allí estarían a salvo.

Un hombre no tardaría en cruzar la verja de la hacienda, y esa vez no le daría a Fede la ocasión de registrarlo.

Alberto de Frutos Dávalos. Licenciado en Periodismo por la UCM, dirigió la revista *Turismo Rural*, he sido quince años redactor jefe de la revista *Historia de España y el Mundo* y colaboro mensualmente con las revistas *Historia y Vida* y *Muy Historia*. Hasta la fecha, he publicado el libro de poemas «Selva de noviembre» (UCM, 2002), las novelas cortas «El beso de la señora Darling» (Hontanar, 2007) y «Elisa o el laberinto

de los inocentes» (Verbum, 2017), los libros de relatos «Utopías. Crónicas de un futuro incierto» (Cydonia, 2009), «La soledad dejó de ser perfecta» (Talentura, 2010), «Familias estructuradas» (Paréntesis, 2013), «Tiempos y costumbres» (Autores Premiados, 2014) y «Verdes hojas ovaladas» (Franz, 2021), y los ensayos «Breve historia de la literatura española» (Nowtilus, 2016), «Historia a pie de calle» (Larousse, 2016), «La Segunda República española en 50 lugares» (Cydonia, 2019) y «30 paisajes de la Guerra Civil» (Larousse, 2020).

# Un juego que engancha

Eduardo Castillo Ventura

El tipo ronda los cincuenta años y es bastante corpulento. Aunque el rasgo que más destaca de su fisonomía es su abultada nariz, constantemente perlada de sudor. Su apodo, Boldo, alude a una infusión usada para desintoxicar el hígado que consume en grandes cantidades durante las partidas. Cuentan que, en otro tiempo, el consumo excesivo de vodka había alterado su temperamento. Pero que ahora su recalcitrante abstemia lo hacía insufrible.

Boldo es el anfitrión, y en la mesa redonda de tamaño algo excesivo para cuatro personas, a Leo le ha tocado sentarse frente a él. A su izquierda tiene a un hombre muy delgado y pálido cuyo nombre es Jaime, y a su derecha a Pablo, algo más comunicativo que el resto. Estos dos últimos sobrepasan los cuarenta años, en cambio, Leo, acaba de cumplir los veintitrés, y la falta de experiencia asociada a esta edad rebaja las posibilidades de éxito en una timba de póker.

Así pues, el desarrollo lógico de la partida le deja sin el dinero necesario para igualar una mano. Pese a ser ya madrugada, los otros tres hombres no parecen mostrar síntomas de fatiga. De hecho, ahora escrutan cada uno de los gestos del joven esperando un abandono inminente. El mantiene con firmeza las cartas y exclama:

—¡Voy!

La voz grave y ronca de Boldo intimida aún más que su aspecto.

—Si vas a igualar la apuesta quiero ver tu dinero sobre la mesa.

—Ya lo sé, conozco las reglas. Pero hay un problema...

—¿Cuál?

—Ya no me queda más.

Boldo frunce el ceño, y su mirada cambia a un registro claramente hostil.

—¡No me digas! ¿Y qué piensas hacer?

A Leo le cuesta tragar saliva, nunca ha tenido la boca tan seca. No le apetece beber el resto de cerveza tibia que queda en su vaso, y no parece el momento oportuno de pedir otra.

—No sé si vuestras normas lo permiten, pero podría...

—¿Qué?

—Cubrir la apuesta con otra cosa del mismo valor.

—¿Por ejemplo?

—Con oro.

Sorprendido, Boldo arquea las cejas.

—¿Oro? ¿Lo llevas encima?

—No, no, en realidad... quien lo lleva es mi madre.

La curiosidad se adueña de las facciones del anfitrión.

—Disculpa, no recuerdo tu nombre.

—Leo.

—¿Leonardo?

—No, Leónidas.

Los tres comienzan a reír, aunque es Boldo quien lo hace con más estridencia. Después, el anfitrión se dirige de nuevo al joven.

—Perdona tío, pero es que tienes un nombre jodidamente raro. Y dime Leónidas...

Y hace una pausa para taparse la boca reprimiendo la risa.

—¿Qué nos estás proponiendo exactamente? Aquí no está tu madre con sus joyas.

—Bueno, es que no se trata de joyas. El oro lo lleva en tres muelas.

Los otros dos jugadores se miran entre sí perplejos, y uno de ellos hace amago de comenzar a hablar, pero Boldo le indica con un gesto que se calle.

—¿Me tomas el pelo? ¿No es más fácil pedirle el dinero que te falta?

—Con su pensión ni siquiera alcanza para llegar a fin de mes. Sin embargo, las muelas seguro que valen una pasta. Tendré de sobra para pagar al que gane.

Mientras medita la propuesta, el anfitrión ase la tetera que está junto a él y llena su taza hasta el borde. Los ojos de Jaime, la única nota de color en su rostro, se mantienen atentos a la reacción de Boldo. Mientras que el otro jugador, Pablo, se dirige a Leo en tono socarrón:

—¿Conoces algún dentista de guardia?

—Bueno, podríamos firmar un papel...

Boldo fuerza una mueca que vagamente recuerda a una sonrisa, y luego pregunta a Pablo:

—¿A cuánto están pagando el gramo?

—¡Venga! No estarás pensando...

—¿A cuánto?

—A cincuenta euros, y no parece que vaya a bajar, al contrario.

El anfitrión utiliza un pañuelo para secarse el sudor de la frente y la nariz. Durante unos segundos baraja en silencio ventajas e inconvenientes. Luego se le oye murmurar:

—No sé...



Leo interviene.

—¡Vamos! Es mi madre, no se negará.

En su faceta condescendiente, el timbre de voz de Boldo pierde aspereza.

—De acuerdo. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero que tu madre venga ahora. Si gano la mano se las quito yo mismo.

Su timbre de voz —piensa Leo— tampoco hace milagros. Es el mismo miserable.

—¡Venga ya! No es necesario llegar a eso. Si me dices un par de días...

Boldo recupera su voz ronca.

—¡O no hay trato!

Ahora es el joven el que permanece reflexivo. Y durante ese intervalo de tiempo Pablo protesta:

—¡Eh! Un momento, ¿qué majadería es esta?

En lo concerniente a censurar, Jaime demuestra ser más explícito que su compañero.

—Hemos venido a jugar al póker, no a quitar unas jodidas muelas.

Boldo les increpa con furia:

—¡Esta es mi casa! Y yo digo que lo haremos de ese modo. Si no estáis de acuerdo os largáis.

Pablo, enojado, se levanta de la mesa.

—Ahora has dicho algo sensato. ¡Yo me largo!

Jaime secunda a su compañero.

—Si, mejor vámonos.

Pero antes de irse les espeta a Leo y a Boldo:

—¡Estáis enfermos!

Al oír esto, el anfitrión se dirige a Leo, pero señalando a Jaime.

—¡Mira quién lo dice! El otro día me enteré de que tiene un tumor en la cabeza. Le dan un mes.

Y elevando el tono de voz:

—¡Por eso le he dejado jugar esta noche! ¡Porque me da lástima!

Contrariados y en silencio, los dos jugadores recogen de la mesa su dinero, se levantan y abandonan la habitación. Al poco se oye como se cierra la puerta de la casa.

Boldo le dice al joven que llame a su madre y que conecte el altavoz del móvil para escuchar la conversación. Así lo hace.

Leo le implora su ayuda. Le cuenta el aprieto en que se ha metido, pero sin mencionarle que pasará si pierde esa mano de póker. Tras

una dura reprimenda —ese asqueroso vicio tuyo de las cartas—, acepta finalmente ir lo más pronto posible.

Acaba la partida y Leo es derrotado por un *full* de ases y doses frente a su doble pareja. Boldo sonrío de oreja a oreja y bebe unos sorbos de su infusión. Después se levanta, abre un cajón de un mueble contiguo y saca unas tenazas que coloca junto a su taza. Luego se despereza levantando los brazos. El muchacho comprueba que el tipo es realmente grande y que sin duda también debe tener bastante fuerza. El anfitrión se quita los zapatos y se sienta de nuevo, pero esta vez apoyando los dos pies en la mesa.

Pasados unos veinte minutos tocan al timbre. Cuando Leo comienza a incorporarse para ir a abrir, Boldo le ordena con un gesto de la mano que permanezca en su sitio. Con movimientos lentos se encamina hacia la puerta de la casa, que comunica directamente con la amplia estancia donde se celebra la timba de póker. Una vez abre, la madre lo esquivo con habilidad y corre al encuentro de Leo. Para sorpresa del muchacho, en lugar de un beso o un abrazo, recibe una sonora bofetada que le deja aturdido durante unos segundos. Boldo no puede reprimir la risa.

—¡Vaya, señora, no se puede negar que tiene genio!

—¿Es a usted a quien debe dinero mi hijo?

Boldo mira a su alrededor.

—Yo no veo a nadie más.

—Escúcheme, no puedo saldar su deuda, soy viuda, y con la pensión apenas me alcanza para vivir.

—Ya, ya me conozco esa historia; y no me interesa. Señora, lo que realmente quiero está dentro de su boca.

—¿Qué?

La madre mira indignada al joven:

—¿Cómo has podido...?

Boldo no pierde más tiempo en preliminares, coge las tenazas que están sobre la mesa y camina lentamente en busca de su trofeo, pero cuando se halla a tan solo medio metro de la madre, esta le hace un ademán para que se detenga.

—¡Un momento! Seguro que encontramos una forma amigable de arreglar las cosas.

—¿Amigable? ¿Qué cree que es esto, un parte del seguro del coche?

Ante esta negativa carente de misericordia, la mujer se arrodilla para suplicar:

—¡Por favor! ¡No soportaré el dolor!

Por segunda vez en aquella noche, la ronquera de Boldo adquiere un tono más cálido.

—Ande, señora, no me lo ponga difícil.

Esta envenenada invitación aterroriza más si cabe a la mujer, que reacciona apretando la mandíbula. Boldo enfurece.

—¡Abra la boca!

Ella la abre, pero solo un poco.

—¡Más!

Una vez abierta totalmente, Boldo enciende una pequeña linterna para iluminar el interior de la cavidad. Luego aproxima su cara para observar mejor las muelas de oro, y de súbito se produce un acontecimiento imprevisible. Al menos para el anfitrión.

La madre se abalanza sobre su nariz mordiéndola con tal fuerza que el grito que profiere Boldo resuena en todo el vecindario. Este deja caer al suelo la linterna y las tenazas, mientras ella continúa haciéndole presa con los dientes, pero ahora subida a horcajadas sobre su cuerpo, como un coala agarrado al tronco de un eucalipto. Un instante después y, al pugnar desesperado por quitársela de encima, Boldo pierde el equilibrio y cae golpeando con su espalda y cabeza en las baldosas de gres, pero con ella todavía encima y sin dejar de morderle. La sangre brota con generosidad por la nariz del anfitrión, chorreándole por las orejas y el cuello.

A todo esto, Leo observa la terrible escena estupefacto y sin saber muy bien cómo actuar. A continuación, la mujer deja de morderle y se incorpora con la sangre deslizándose por la comisura de sus

labios. Entonces Boldo, en lugar de contratacar con celeridad, pierde un par de segundos preciosos al chillar iracundo:

—¡Hija de puta! ¡Te voy a mat...!

Antes de acabar la frase ya le ha propinado ella un par de puntapiés en los testículos. En un involuntario récord de superación, el grito que surge de la garganta de Boldo es llamativamente agudo y prolongado. El grandullón se coloca en posición fetal cogiéndose los genitales con ambas manos, mientras la madre saca un pañuelo de su bolso para limpiarse la boca y la barbilla. Luego se inclina hasta aproximar su rostro a unos centímetros del de Boldo.

—¡Mírame cabrón! ¿Te acuerdas de mí?

Para este singular encuentro, la madre ha descuidado su cabello y no lleva maquillaje alguno. Su propósito era no ser reconocida en el momento de presentarse en la casa, con la inestimable ayuda también de la penumbra, ya que solo permanecía encendida la lámpara de la mesa de juego. Exactamente igual que cinco años atrás.

En aquella época era habitual su presencia en todas las timbas que clandestinamente se organizaban en la ciudad. Y claro está, a casa de Boldo acudió en más de una ocasión. En la última, María, pues ese es su nombre, tuvo una exitosa racha cuyo colofón fue ganar una mano con una succulenta apuesta apilada en el centro de la

mesa. Cuando se disponía a recoger su dinero, el anfitrión se lo impidió sujetándole con fuerza el brazo derecho y acusándole de haber hecho trampa. El breve forcejeo posterior se saldó con la muñeca de María fracturada, que, al gritar del intenso dolor, solo obtuvo la indiferencia del resto de integrantes de la partida. Sin embargo, lo más grave fue la forma elegida por su agresor para humillarla, a base de realizar aspavientos cada vez que ella se quejaba. Al cabo de un minuto el sudor cubría el rostro de Boldo, circunstancia que utilizó María para predecir su venganza antes de abandonar la timba de póker.

—¡Te juro que un día te arrancaré de un mordisco tu nariz grasienta!

Ese día había llegado.

Los numerosos contactos de María y algunos favores por cobrar dejaron el camino allanado a Leo para introducirse en la partida.

Ahora, y pese a conocer la catadura moral del organizador de timbas, el joven presencia la sórdida escena deseando que acabe lo antes posible. Y afortunadamente así es. María vocaliza bien para que Boldo la escuche con nitidez.

—¡Inténtalo! ¡Venga! ¡Intenta reírte ahora!

Después le ordena a Leo:

—¡Rápido! ¡el dinero!

Recoge los billetes que están sobre la mesa y se los entrega. No

contenta con eso:

—¡Ahora en los bolsillos de sus pantalones! ¡Y levántale la camisa!

Vence su temor y halla en ellos una cantidad de euros nada desdeñable. Pero el premio gordo está en una bolsa atada a su cintura. Después salen de allí a toda prisa, mientras Boldo sigue lamentándose en la misma posición.

Bajan los dos pisos casi corriendo, pero se detienen un instante en el zaguán. El joven protesta por la bofetada que ella le ha dado minutos antes.

—Lo siento, tenía que ser convincente. ¿Aun piensas ganarte la vida con el póker?

—No se me da mal. Hoy podría haber ganado.

María tiene casi su misma altura. De modo que, al acercar su rostro al de Leo, este puede distinguir perfectamente los restos de sangre en sus dientes.

—Ya, claro. ¿Sabes que es lo peor de este juego?

—No.

—¡Qué engancha!

Impresionado por la crudeza con que lo expresa María, Leo se toca instintivamente la nariz para cerciorarse de que aún está intacta. Ella ríe al comprobar la reacción del joven, da media



vuelta y sale a la calle.

Al instante Leo escucha unos gritos provenientes de la escalera.

—¡Os matareeéé! ¡Juro que os matareeeeeéé!

De inmediato acciona la manija de la puerta con la intención de salir del zaguán, pero la puerta no se abre. Los gritos de Boldo son cada vez más coléricos y potentes, incluso comienzan a oírse sus pisadas golpeando con fuerza en los escalones. Afortunadamente, el joven se percata de un pulsador que está a su derecha, la puerta cede al fin y puede escapar a toda prisa.

Deambula unos segundos sin saber a dónde dirigirse, hasta que el sonido insistente de un claxon llama su atención. Corre una treintena de metros y se introduce en la parte trasera de un auto. El coche emprende la marcha.

María, sentada a su derecha, separa el botín en cuatro montoncitos. Conduce Pablo, y a su lado Jaime se coloca el cinturón de seguridad. Leo se disculpa por haberse retrasado, y le dice a Jaime que siente lo de su tumor, que María no le había dicho nada. También le comenta que, si él quiere, puede presentarle a un conocido de su padre que es neurocirujano. Y añade:

—Según dicen, tiene buenas manos.

Durante unos segundos se produce un incómodo silencio, después a Pablo se le escapa una risita ahogada y al instante lo imitan

María y Jaime. Al final estallan los tres en una larga y sonora carcajada. El joven, que hace tan solo un par de semanas que los conoce, les pregunta visiblemente molesto:

—¿Era mentira lo del tumor?

A lo que le responde con ironía Jaime:

—No, chaval. Pero, por favor, si el colega tiene tan buenas manos, ni se te ocurra presentármelo.

Eduardo Castillo Ventura. Nacido en Valencia el 11/12/1955.

Año 2004: Guion original y dirección del cortometraje: “Animal de Compañía”  
Producido por “Producciones Zoom”. Segundo premio en el concurso promovido por la SGAE en su delegación de Valencia: “Autor en corto”.

Año 2008: Guion original y dirección del cortometraje: “Stock”. Producido por: “Producciones zoom”, y subvencionado por el IVAC.

Primer premio en el festival de cortos de Ayerbe, (Huesca).

